



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE PEDAGOGÍA

**UN CRITERIO SOBRE LA CONFORMACIÓN DEL ETHOS
PROFESIONAL DEL PEDAGOGO**

*Tesis para optar por el Título de:
Licenciada en Pedagogía*

Presenta:

Josefina Magaña Solís

Asesor:

Renato Huarte Cuéllar

Ciudad Universitaria, México D.F., junio de 2010.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Mi agradecimiento a Renato, por su asesoría en este trabajo,
también por haber sido un amigo, compañero y guía.

En la vida y en el trabajo lo más interesante es convertirse en algo que no se era al principio. Lo que es verdad de la escritura y de la relación amorosa también es verdad de la vida. El juego merece la pena en la medida en que no se sabe cómo va a terminar.

Michel Foucault

Índice

Introducción	1
Capítulo I	7
1. Concepto general sobre el <i>ethos</i>	
1.1 El <i>ethos</i> en el hombre	7
1.2 El <i>ethos</i> que somos	13
1.3 El <i>ethos</i> como Estructura Orientadora	23
Capítulo II	28
2. El <i>ethos</i> del pedagogo	
2.1 El <i>ethos</i> profesional	28
2.2 La ética profesional	36
Capítulo III	43
<hr/>	
Sobre la conformación del <i>ethos</i> del pedagogo	
<hr/>	
3.1 El <i>ethos</i> del pedagogo	43
3.2 ...La conformación del criterio del <i>ethos</i> del pedagogo	65
CONCLUSIONES	71
FUENTES DE CONSULTA	74

Introducción

La inquietud que surge para la realización de este trabajo se centra en la identidad del pedagogo, pues al inicio de la licenciatura, son muy pocos los que refieren una auténtica vocación por la pedagogía.

En un principio, todos empezamos con una serie de expectativas que afortunadamente cambian con el paso del tiempo, el estudio y la experiencia laboral. Pero aún así, hay personas que se dan cuenta al finalizar sus estudios, que la pedagogía no era lo que esperaban, no responde a su imaginario de prestigio social, mejora económica y social. Para una persona como yo que ama la pedagogía, es muy doloroso saber que para algún compañero ésta no es lo que esperaba. Sinceramente para mí tampoco lo fue. De hecho, es mucho más de lo que yo esperaba; puedo decir con total convencimiento que me cambió la vida. Tal vez porque yo, a diferencia de la mayoría de mis compañeros, encontré mi verdadera vocación varios años después de concluir la preparatoria. Me ocupé de otras cosas y por supuesto realicé actividades laborales que pensaba eran lo mío. Pero nunca fue así, siempre sentí la falta, la necesidad de ese algo que llenará mi ser, que me hiciera sentir que mi trabajo era valioso.

Descubrí la pedagogía en el campo laboral en que me desempeñaba con personas a quienes llegué a admirar y a querer, pero el trato con ellas no fue precisamente lo que me llevó a tomar por fin la responsabilidad de mi vocación. Ésta tardó mucho tiempo más, pues mi persona tenía el deber de responder a otras cuestiones, que en ese momento se me presentaron como necesidades vitales a resolver. La verdad, la oportunidad para pensar libremente, con todo el tiempo posible de forma seria y madura, para decidir qué es lo que queremos ser y hacer a futuro con nuestra vida y en nuestra actividad laboral, no se presenta como nosotros queremos o esperamos. Sin embargo, eso no es excusa para

renunciar al ideal que queremos seguir, para tener una mejor vida, sentirnos valiosos y ser felices.

Para poder llegar a este ideal de vida, la pedagogía para mí es muy importante, es mi vocación, mi elección como actividad productiva dentro de la sociedad en la que vivo.

Es por eso que al encontrar al final de la licenciatura la palabra *ethos* y al saber más sobre su significado y la forma contemporánea en la que se entiende y se usa, me pareció válido realizar un trabajo que hablará acerca del *ethos* del pedagogo, aún cuando la información con que se pueda contar al respecto sea casi nula. Esto mismo, me llevó por caminos y autores diversos, todos los que consulte y más, me decían con sus ideas lo que yo pienso sobre el ser pedagogo, pero aún así, no era suficiente. Por eso considero que el trabajo presente es un esfuerzo muy pequeño aún, para poder abarcar toda la información sobre el *ethos* del pedagogo, pero me proporcionó la oportunidad de elaborar un criterio, esto es, una opinión sobre la conformación del *ethos* del pedagogo.

La búsqueda de esta conformación como he mencionado, no fue nada fácil, por la sencilla razón de que yo tampoco he querido reducirla ni acotarla, porque no es posible abarcarla en su totalidad. Y fue entonces, cuando traté de llevar a cabo una interpretación de su conformación con los conocimientos que más me apasionan y que por si fuera poco son parte misma de mi licenciatura. Aún no estoy segura si logre mi propósito. Siento que falta mucho más, pero sé que más adelante tendré la oportunidad de explicar mejor todo aquello que quedó dentro, inconcluso, para decirlo de la mejor manera posible, habiéndomelo explicado a mí misma, para poder compartirlo con los demás.

Para esto, tenía necesariamente que saber cómo esa forma habitual de nuestro ser y hacer como pedagogos, nuestro *ethos*, es posible desde su conformación humana, desde la expresión activa de sus potencialidades emocionales e intelectuales. Y también, desde

una visión filosófica pero enfocada a la educación, esta última, por su constante preocupación sobre la formación de un ideal de ser humano y su constante perfeccionamiento, preocupación que considero fundamental en todo pedagogo. Consideré necesario establecer que este hombre a perfeccionar o educar, se encuentra conformado por necesidades tanto vitales como intelectuales, que le hacen trascender, ir más allá de sus necesidades meramente biológicas. Alimentando su alma, cumpliendo los deseos de su vocación, afirmando su identidad, conociéndose a sí mismo, para poder procurar el bien de los demás mediante la educación.

En el caso de todo profesional, y en especial del pedagogo, encontré que este proceso sólo puede ser posible, profesando lo que somos, esto es, ejerciendo nuestra actividad de la mejor manera posible, pero esta actividad no como simplemente "hacer algo", sino como carácter creador que se halla en toda expresión emocional, intelectual y sensible. Preocupándonos más allá del origen mismo de la figura del pedagogo y por tanto de la idea de solamente "conducir al niño", que hace del papel del pedagogo un acto muchas veces sexista, otras determinista y muchas otras simplista ante los grandes compromisos que se enfrentan en la realidad educativa.

Y en este proceso de entendimiento, me permití elaborar una opinión, un criterio sobre la conformación del *ethos* del pedagogo, tomando en cuenta periodos históricos que a mi parecer fueron claves para esta conformación; sin considerarlos como únicos, pero elegidos también por la imposibilidad de abarcar un todo histórico.

Planteó con pleno convencimiento que, mientras el pedagogo no cuente con el conocimiento de sí mismo, de su vocación y de su responsabilidad ante la construcción de su identidad, no podrá responder ante los demás como el profesional de la educación, que es un pedagogo; pero ante todo no podrá hacerlo como ser humano, preocupado y ocupado de sí, ante y para los demás, como ser ético y social.

Para abordar lo hasta aquí expuesto, presento en el primer capítulo, una breve investigación sobre el origen de la palabra *ethos* y la forma en que ésta se trata de adecuar a nuestro momento histórico; la manera en que se entiende y su uso, tratando de recuperar el sentido que le otorgaron los griegos. El papel que tiene el *ethos* humano conformado por un alma que le proporciona una serie de características particulares y únicas, viendo al alma desde un punto de vista más cercano a una reflexión terrenal, que no deja de lado la memoria, los deseos, el placer y la búsqueda interminable de la felicidad. Por lo que se considera que la intervención tanto del pensamiento filosófico como el que define a la personalidad humana desde su psique, cuya comprensión se remite hoy día a la psicología, y que aquí se basa principalmente en la actividad psíquica del individuo, desde donde es deseable y necesario como requisito de conformación humana, en la comprensión y en la formación de una estructura orientadora, que se asume como el *ethos*, hacia el bien en su ser y en su actuar.

En el segundo capítulo se explica la conformación del *ethos* profesional, y lo importante que es la vocación como formadora de una identidad correspondiente a una actividad productiva, que hace del profesional un ser humano diferente a los demás, porque se asume su capacidad para conocerse a sí mismo, de escucharse como reflejo continuo de su relación con el otro. Esto busca llevarlo a la reflexión sobre su ser y hacer profesional mediante una ética profesional, la cual puede surgir no solamente de una serie de normas, que es importante conocer por el simple hecho de configurarse como ejes de actuación propuestos en un consenso de profesionales preocupados del ser y hacer del pedagogo. Pero esta preocupación como reflexión es más bien una convicción interna en donde el deber ser no tiene porqué contraponerse con el ser libre de elección, responsabilidad y respeto hacia sus semejantes.

Para el tercer capítulo, empiezo desarrollando el *ethos* del pedagogo, en un intento de conformación histórica, tomando como base algunos personajes y hechos educativos de la Grecia Clásica, por el simple hecho de que nuestra conformación cultural tiene mucho que ver con la forma occidentalizada de interpretación del mundo, y cuya cuna se erige en ésta. Por otra parte, retomo también algunos hechos y personajes de la Roma de la Antigüedad, que junto con su interpretación del helenismo y su visión de ideal de hombre conformaron un conocimiento tan valioso, que mucho de él es válido aún en nuestros días. Más adelante y dando enormes saltos históricos se hace mención de una pequeña porción del pensamiento en el cristianismo, como un parteaguas importante en la conformación del pedagogo, aunque desde la visión de algunos autores de la época, eliminaron su figura como simple mortal, pero a pesar de ello, el pedagogo en su ser y hacer no dejó de centrarse en la mejora de la educación de sus semejantes.

Siglos más tarde, mi preferencia por, Jean- Jacques Rousseau, se basa entre otras cosas por la influencia de su obra en la Revolución Francesa, en la mente de grandes pensadores sobre la educación desde el siglo XVIII, pero sobre todo en su polémica figura como pedagogo, en la manera como plasma una posible solución a los problemas educativos de su época, y por ser el autor de una utopía educativa de un ser inexistente y difícilmente ético -*El Emilio*-, pero cuyos planteamientos marcaron para otros muchos preocupados por la educación el posible camino a seguir. Otra figura importante a considerar es, Immanuel Kant, que aunque realmente no fue pedagogo, pero cuya mención obedece naturalmente a sus clases de pedagogía plasmadas en su libro "Pedagogía", y también porque se considera al siglo XVIII como el siglo de la pedagogía y Kant,

considerado la figura de mayor significación para ésta, desde el punto de vista de los especialistas de la educación.¹

También creí necesario puntualizar en el origen de algunos conceptos competentes a todo pedagogo, que en algunos casos es desconocido y en otros recuerdan un nacimiento incómodo. Con esto, sólo pretendo exponer que el amor por el saber, en cualquiera de sus áreas puede tener distintos orígenes, métodos y prácticas, que no son más que el camino recorrido hacia la conformación de nuestro *ethos*, el cual busca constantemente perfeccionarse y hacerse más humano.

Es así que, para llegar a este criterio sobre la conformación del *ethos* del pedagogo, se presenta un camino inicial en la conformación del *ethos* humano y su orientación hacia el bien en su ser y hacer. Sin embargo el camino no termina aquí, en lo particular es el comienzo de un recorrido hacia mi constante formación humana en la búsqueda de ese ideal de perfección, en el cual intervienen mis deseos, sensaciones e intelecto, y sobre todo mi amor y respeto por la pedagogía.

¹ Heinrich Kanz. "Immanuel Kant". en *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada*. París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación), vol. XXIII, no 3/4, 1993, págs.837-854. <<<http://www.ibe.unesco.org/publications/ThinkersPdf/kants.pdf>>> [Consulta enero, 2010]p.1.

Concepto general sobre el *ethos*

1.1 El *ethos* en el hombre

En verdad, todas las cosas se mueven en vuestro ser íntimo en un constante ir y venir, las que deseáis y las que rechazáis, las que os repugnan y las que os atraen, las que perseguís y aquéllas de las cuales huís.

Gibran Khalil Gibran
El profeta

Para Erich Fromm¹, aquello que llamamos sin distinción genérica hombre, en tanto a su constitución material, su cuerpo y sus funciones fisiológicas, estas pertenecen a la parte animal, pero que en la existencia de lo humano en nosotros no se rige como tal. Pues todo aquello que corresponde únicamente a la existencia animal, es una existencia armónica entre éste y la naturaleza, que nunca trasciende. Pues no tiene conciencia de carácter moral, ni de sí mismo ni de su existencia.

El hombre a diferencia de las restantes especies animales, puede decir "yo", puede tener conciencia de sí mismo como entidad independiente. Tiene la capacidad de manipular el mundo material con ayuda de las ideas; con su inteligencia, y con su razón, entendiendo esta última, como "producto de la facultad para captar

¹ Cfr. Erich Fromm. *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea: Hacia una sociedad sana*. Traducción Florentino M. Torner. Revisión Juan Ramón de la Fuente. México: Fondo de Cultura Económica, 1956. pp.26-61.

el mundo por el pensamiento, articulándolo entre sus creencias, deseos y acciones".² Y a pesar de contar con estas aparentes ventajas de animal superior en la cúspide de la evolución natural, el hombre se encuentra condenado a buscar el equilibrio de sus contradicciones internas causadas por la pérdida en la armonía de su animalidad, teniendo que resolver el problema de no poder permanecer siempre en la situación dada de una adaptación pasiva hacia la naturaleza; pues ni la satisfacción de sus necesidades instintivas o libidinales pueden resolver su problema humano; sus pasiones, deseos y necesidades más intensas, no son las que se encuentran en su cuerpo, sino las que están en la esencia misma de su existencia.

Para llegar a ser humano y poder vivir como tal, la vida del hombre se encuentra determinada por la dinámica inevitable entre el retroceso y progreso, entre el regreso de la existencia animal a su naturaleza dada y el advenimiento que impele la construcción de su existencia como humano, que le corresponde en la toma de decisiones y en la conciencia de sí mismo y del otro como parte de la realidad circundante y, sobre todo, con la responsabilidad de asumirse a sí mismo como sujeto de sus acciones. Este proceso activo de identidad es la repetición de actos particulares que van conformando su capacidad de ser, de trascender, vencer al destino dado, transformar el mundo interno y externo sobrepasando la naturaleza, pero al mismo tiempo reconociéndose en ella, permitiéndole dotar a su existencia de valores y fines que dan sentido a la vida y la intensifica: su *ethos*.³

² Cfr. Pablo Quintanilla Pérez-Wicht. "Interpretando al otro: comunicación, racionalidad y relativismo", en Luis Eduardo Hoyos (Editor). *Relativismo y racionalidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2005. pp. 19-40.

³ Cfr. Ana Delia Levin de Said. *El sostén del ser*. Buenos Aires: Paidós, 2004. pp.97-187.

Esta construcción de *ethos*, desde una categoría contemporánea que permite al hombre llegar a conocer profundamente el mundo que lo rodea como un proceso de cognición de un objeto o situación, que no está reducido a un simple acto mecánico mediante el cual la realidad se refleja en la conciencia del hombre, sino como un proceso complejo de virtud que pasa de los datos sensoriales a la abstracción de lo singular a lo general, se propone como estructura orientadora, que guíe las sensaciones, deseos, aspiraciones afectivas e intelectivas del ser del hombre, dándole sentido a su realidad interior, vinculándolo mediante sus acciones con la realidad exterior.

En este sentido es preciso considerar que la virtud no es algo fácil de explicar, porque la mayoría de las veces sólo se manifiesta, pero si se quiere hacer un acercamiento a una posible definición, por mi parte es de mi agrado la referencia que sobre la virtud hace Schopenhauer, y nos dice que

La auténtica bondad de ánimo, la virtud desinteresada y la magnanimidad pura provienen de un *conocimiento intuitivo e inmediato*, que no está más allá ni más acá del razonar, de un conocimiento abstracto y, por lo tanto, tampoco se deja participar; *cada cual debe asimilarlo de una forma inmediata por sí mismo*, y esa es la razón de que semejante conocimiento no encuentre su *expresión adecuada* en las palabras, sino única y exclusivamente en los *hechos*, en la *conducta*, en el *transcurso vital* del ser humano.⁴

Esta forma de virtud que se pretende invada el sentido del *ethos*, en su origen arcaico como es de esperarse, difiere del contemporáneo por el simple hecho de expresar experiencias de una realidad percibida en un tiempo y espacio diferentes. Como lo

⁴Arthur Schopenhauer. *Metafísica de las costumbres*. Edición de Roberto R. Aramayo. Madrid: Trotta, 2001. p.143.

mencionan Juliana González y Lizbeth Sagols⁵, en sus raíces históricas la palabra *éthos* (ἦθος) significó "morada" lugar donde "habitar", y en este sentido de recuperación original, el *éthos* como "morada", que en un principio y en su concepto más arcaico, significó la cueva, guarida o morada de los animales y más tarde, por extensión, éste se referirá al ámbito humano, conservando de algún modo el originario lugar de resguardo, de refugio o de espacio vital seguro, al cubierto de la intemperie y en el cual se acostumbra habitar. Es de esta forma como se entiende que el habitar o morar se encuentra inmerso en el *ethos* humano, y se refiere a la idea esencial de "morada interior", lugar acostumbrado, habitual y familiar, por tanto, una forma habitual de comportamiento.

Por otra parte, la palabra *êthos* (ἔθος) significó "carácter", "modo de ser", la cual daba cuenta de las experiencias originarias de los encuentros del hombre griego con la realidad y dependía del sentido al que a ésta se le otorgaba, por tanto daba como resultado una variada riqueza de significados que se ha perdido con el tiempo.

En este esfuerzo de comprensión de un posible significado sobre el *ethos*, hay que sumarle el devenir histórico, los espacios y formas culturales, así como las maneras cambiantes del pensamiento que modifican las expresiones que nos relacionan con la realidad, y por tanto con las palabras, que adquieren nuevos significados alejándose de su originario valor inicial y de la experiencia vital en la que nacieron. Sin embargo, "dentro de la tradición occidental, en particular, el conocimiento etimológico de los primitivos términos griegos y latinos puede servir, ciertamente, para recobrar en algo la memoria de esas experiencias".⁶

El *ethos*, visto desde una perspectiva contemporánea y sólo como la morada de la naturaleza humana, se concibe como el lugar de

⁵ Cfr. Juliana González y Lizbeth Sagols, (Coord.). *El ethos del filósofo*. México: UNAM, Seminario de Metafísica, Facultad de Filosofía y Letras, 2002. pp.7-17.

⁶Juliana González. *El ethos destino del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996. p.9.

seguridad existencial y como mera autarquía, esto es, como la autosatisfacción del egoísmo individual (del sí mismo), o intimidad personal, desde donde el yo se encuentra en la esfera de lo-en-mí y de lo-mío; que no es más que el hecho primario del psiquismo, como desarrollo de las funciones de la mente, en el descubrimiento del propio ser; que se encuentra en la posibilidad existencial del ejercicio dinámico de la recepción de los mensajes procedentes de la realidad de uno mismo y del mundo exterior, o del modo según el cual esos mensajes son recibidos para formar estructuralmente, la idea de sí mismo, de la vocación personal, de la libertad y de donde surge el *ethos* como carácter.⁷

En esta situación, el *ethos*, es el reflejo del carácter del propio ser, actividad permanente de creación y flujo continuo entre materia y espíritu desde donde,

[lo] más específico [del] cuerpo es el movimiento, pero no sólo el movimiento mecánico, también el de la pulsión que atormenta la materia. La pulsión origina todos los deseos, aspiraciones, las querencias del cuerpo, que no le dejan vivir quieto, ni soñar tranquilamente en la beatitud del ocio. Debido a su movimiento pulsivo, el cuerpo es interioridad que fluye hacia el exterior, apercibiéndose de su existencia.⁸

Que vive en contradicción constante entre la posibilidad de humanización y el llamado intrínseco de la naturaleza, en donde también habitan los deseos y placeres inherentes a su propia esencia; pues "el sostén del alma es la vida natural, quien no la sigue queda en el aire y se entumece."⁹

⁷Cfr. Pedro Laín Entralgo. *Cuerpo y alma*. Madrid: Espasa-Calpe, 1991. pp.127-273.

⁸Carlos Gurméndez. *Crítica de la pasión pura (1)*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1989. pp.73-74.

⁹Carl Gustav Jung. *Realidad del alma*. Traducción de Fernando Vela y Felipe Jiménez de Asúa. Buenos Aires: Losada, 2005. p. 188.

Por esta razón, no queda más camino que el de la renovación constante entre naturaleza y alma del individuo-sujeto-hombre inconforme con el simple hecho de subsistir, de permanecer en el ser de la naturaleza básica, el de sólo sentir y percibir el mundo. Tiene, como posibilidad existencial que actuar, modificar y realizar, implicando su organismo en función de su medio físico y desde su propia estructura biológica. Debe, como posibilidad ética hacia el bien propio compartido con y para los otros. No sólo vivir, sino el "vivir bien" que se añade a la vida en toda una serie de componentes, procesos y actitudes, que asumidos por él, es el existir desde el cercado y limitado mundo del *bios* al amplio y difuso mundo de la consciencia, que lo posibilita al uso práctico de su inteligencia (*noûs*) y el ejercicio comprensivo de su razón (*ratus-reor*), al inevitable bien obrar (*érgon*), de la excelencia (*areté*) de su ser y su hacer cotidiano. Desde donde el "vivir bien [significará] sentir la vida, descubrir el cuerpo y en el fondo de la intimidad, los ecos reflejos que despide el encuentro de nuestra existencia con el mundo".¹⁰

Es así como se percibe la conformación del *ethos* en el hombre, de su carácter humano, como la capacidad de tomar conciencia, de darse cuenta de sí mismo y de su situación existencial ante sí mismo; que no es más que el encuentro del *ethos* contemporáneo, del aquí y el ahora, que se espera y desea como esfuerzo de comprensión y de advenimiento proyectivo del ser, como disposición de aprender y hacer suyas las experiencias que la vida aporta, como disposición constante de interacción con los otros; viviendo, creando, reconstruyendo, eliminando, reafirmando, siendo y haciendo. *Ethos* visto e interpretado desde los límites del conocimiento que se pueda poseer de él, como un ideal a lograr, desde la realidad que aún nos divide y fragmenta y desde la condición institucionalmente lineal, que impera nuestra actual existencia.

¹⁰Emilio Lledó. "Aristóteles y la ética de la <<polis>>", en CAMPS, Victoria. *Historia de la ética I*. Barcelona: Crítica, 1988, Vol. I. p.150.

1.2 El *ethos* que somos

Y Dios tomó fuego de la fragua de la ira, y viento de desierto de la ignorancia, y arena de la playa del mar del egoísmo, y polvo de los siglos y, amasó al Hombre.
Le dotó de una fuerza ciega que se rebela con la locura y se aquieta con los deseos satisfechos.
Después, le dio la vida que es sombra de la muerte.
Y el dios de los dioses sonrió y lloró, y sintiendo por el Hombre amor y piedad infinitos, unió cuerpo y alma.

Gibrán Jalil Gibrán
El alma

Entre las preocupaciones fundamentales de la filosofía está dar cuenta de lo que el hombre es, cómo lleva a cabo sus procesos de pensamiento y por qué actúa como lo hace. Desde el punto de vista de los filósofos de la Grecia clásica, el *ethos* como carácter es el camino que lleva al hombre hacia su condición inmanente del bien, reflejada en su libre creación, en su decisión de influir en la vida y mejorarla. Con el tiempo esta concepción experimentó cambios que en algunos casos, se tornó radical y opuesta a la de los griegos.¹¹

Las concepciones que surgieron con el mismo propósito que la filosofía y con el afán de tratar de explicar el ser del hombre, surgió la psicología, pues al parecer todo aquello relacionado con el pensamiento humano y su actuación desde las percepciones aparentemente psicológicas sobre el comportamiento humano, son en realidad también percepciones filosóficas, ya que los filósofos se han interesado desde sus comienzos por las actividades de la mente que incluyen las percepciones, sensaciones, recuerdos, sueños, pensamientos y creencias.

En este sentido es pertinente aclarar que entre otras definiciones —la psicología es el estudio de la actividad de la mente o del alma, que también es llamado psiquismo o actividad psíquica—, conceptos

¹¹ Cfr. Alfredo Carluccio. *Filosofía y psicoanálisis*. Buenos Aires: Lugar, 2005. p.127.

que se usarán de manera indistinta para este planteamiento. Es por ello que también considero que es imposible separar la psicología de la filosofía; pues es innegable que ambos saberes, aún con diferentes formas de interpretación, comparten el mismo propósito, *el amor por el saber*, que en este caso, es el saber sobre el hombre mismo.¹²

Y es así, como lo menciona Antoni Colom Cañellas¹³, el saber en contacto con la naturaleza adquiere la experiencia como fuente de conocimiento, y es en donde la percepción también enriquece al conocimiento, ya que lo que se es, no se es, por nacimiento, por originaria individualización. Se llega a ser lo que se es, según las representaciones que se producen en nosotros, así como según su forma de combinarse. Es por esto que el proceso de moralización o adecuación a las costumbres, así como el acceso a la virtud definida, como la cualidad personal hacia lo bueno o lo correcto, no puede explicarse objetivamente, sino a través del camino interior. En este sentido la psicología, al tratar de explicar la relación del hombre con sus semejantes y con la naturaleza, nos plantea, entre otras cosas, la comprensión del mundo exterior con la relación de la reflexión personal sobre los elementos interiorizados, de donde surgen los sentimientos y toda la vida anímica, que orientados por la ética, se posibilite la conducta humana para que pueda alcanzar y conducir su vida por los principios de la virtud.

Entre esta presentación de conjugación de saberes, que el hombre ha creado en su constante preocupación por explicar al hombre en su ser y actuar, se asume el *ethos* como carácter, a decir de Fromm¹⁴ por una parte, como la posibilidad existencial de elegir un destino libertador, y a Jung¹⁵ por la otra como la elección del

¹² Cfr. Alberto Constante y Leticia Flores Farfán (Coord.) *Filosofía y psicoanálisis*. México: Facultad de Filosofía y Letras UNAM, 2006. pp.261-270.

¹³ Cfr. Antoni J. Colom Cañellas, *Teoría y metateoría de la educación. Un enfoque a la teoría general de sistemas*. México: Trillas, 1982. pp. 11-79.

¹⁴ Cfr. Erich Fromm. *Op. Cit.* pp.26-61.

¹⁵ Cfr. Carl Gustav JUNG. *Op. Cit.* pp.167-173.

camino propio, y así superar el nivel de la naturaleza pura para convertirse en naturaleza humana, personalidad como consistencia básica del *ethos*.

Personalidad equivale a decir suprema realización del carácter ingénito de determinado ser viviente. Personalidad es poner en acción el máximo valor de la vida, la afirmación absoluta del ser individual y la triunfante adaptación a los hechos universales con simultánea libertad de la propia afirmación.¹⁶

Sin embargo, el desarrollo de este *ethos*, en el transcurso de la vida tiene una germinación difícil y hasta imposible de explicar, pero se pone en evidencia mediante nuestra actividad creadora, desde la condición proyectiva de lo posible, como la energía vital que nos guía hacia el libre albedrío, hacia la voluntad, como intencionalidad y conciencia del yo, como aquello que llamamos alma.¹⁷

El alma para los griegos se encontraba dividida en racional e irracional, donde la racionalidad del alma (*logistikón* o *noûs*) es la depositaria del saber. Por otro lado, en lo irracional del alma se distinguían dos aspectos: la vuelta a la razón o la alejada de ella. En la primera residía la fuerza, entusiasmo (*Thymós*); y en la segunda la apetencia sensorial, impulso (*Ephymia*). De esta forma el alma tenía tres actividades: razón, entusiasmo e impulso. En este sentido, y en lo que se refiere a la vuelta a la razón del alma, contenida en su irracionalidad, se puede apreciar la formulación que en el psicoanálisis se llamaron pulsiones (*der Trieb*).¹⁸

Para esta formulación que se expone del alma, se considera importante la enorme influencia del pensamiento que Freud aportó para ampliar el conocimiento en la comprensión del actuar humano,

¹⁶ *Ibidem*, p.164.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 167-163.

¹⁸ *Cfr.* Alfredo Carluccio. *Op. Cit.* pp. 127.

pues es indudable que sus descubrimientos e invenciones, que aún hoy nos parecen singulares, afectaron de manera radical la concepción de sujeto, de su ser y actuar en su realidad circundante.¹⁹

En este sentido, la actividad del alma para Freud, como proceso mental de la actividad psíquica²⁰ del sujeto, es el escenario tríplico de la lucha constante entre el instinto, la frustración y la represión, actores principales de la personalidad psíquica²¹ del individuo; triada concebida como los componentes de nuestro aparato anímico, lugar íntimo, en juego constante con la intención de dominio y control del "yo" él que, en un tiempo anterior se antojaba indivisible, único guía y rector de nuestro ser y hacer; incisiva división en donde se descubre a un "ello" como instintivo de las necesidades impulsivas de nuestro cuerpo, como exigencia de satisfacción del principio de placer, pasiones desbordantes que ponen en conflicto la integridad de la vida psíquica. El "yo" ejerce una acción enfrentada sobre el "ello", dominando sus pasiones e impulsándole a posponer la satisfacción de los instintos, a modificarlos o a renunciar a ellos buscándoles una compensación, de tal forma que el "ello" se ve frenado y el "yo" sustituye el principio de placer antes dominante por un principio de realidad, que aunque considera también los mismos

¹⁹ Cfr. CONSTANTE, Alberto y FLORES Farfán, Leticia. *Op. Cit.* pp.7-10.

²⁰ Concepto que caracteriza la función del sujeto en el proceso de interacción con el objeto. La actividad es un nexo específico del organismo vivo con lo que le rodea; establece, regula y controla la relación mediata entre el organismo y el medio, en primer lugar el metabolismo. La actividad es estimulada por la necesidad, se orienta hacia el objeto que da satisfacción a esta última y se lleva a cabo por medio de un sistema de acciones; presupone la existencia de la psique en el organismo y, al mismo tiempo, constituye la condición básica de que aquella surja: es la fuerza motriz que impulsa el desarrollo de la psique misma. Hay que distinguir las formas elemental y superior de actividad. La primera es propia de los animales; estriba en la adaptación instintiva (*Instinto*) del organismo a lo que le rodea. La segunda, que surge de la primera modificándola, constituye una característica exclusiva del hombre. *Diccionario soviético de filosofía. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo 1965. Proyecto filosofía en español, 2000.*

<<<http://www.filosofia.org/enc/ros/activida.htm> >>[Consulta: junio, 2009] p4 y 5.

²¹ Cfr. Ana Delia Levin de Said. *Op.Cit.* pp.97-187.

fines que el principio del placer, toma en consideración las condiciones prácticas que el mundo exterior impone.²²

Dentro del "yo" existe una porción llamada el "super-yo". "El super-yo es una instancia psíquica inferida por nosotros; la conciencia es una de las funciones que le atribuimos, junto con otras. Está destinada a vigilar los actos y las intenciones del yo, juzgándolos y ejerciendo una actividad censoria"²³ y goza de una posición privilegiada entre el "yo" y el "ello"; pertenece al "yo", participa de su elevada organización psicológica, pero mantiene relaciones muy íntimas con el "ello". El "super-yo", es en realidad, el que recoge las primeras impresiones concebidas por el "ello"; es capaz de oponerse al "yo", lo trata como si fuera algo inferior y en general con gran dureza.

El sentimiento de culpabilidad- la severidad del super-yo- equivale, pues al rigor de la conciencia; es la percepción que tiene el yo de esta vigilancia que se impone, en su apreciación de las tensiones entre sus propias tendencias y las exigencias del super-yo; por fin, la angustia adyacente a todas las relaciones, el miedo a esta instancia crítica, o sea a la necesidad de castigo, es una manifestación instintiva del yo que se ha tornado masoquista bajo la influencia del super-yo sádico; en otros términos, es una parte del impulso a la destrucción interna que posee el yo y que utiliza para establecer un vínculo erótico con el super-yo. Jamás se debería hablar de conciencia mientras no se haya demostrado la existencia de un super-yo; [...pero] el sentimiento de culpa o de la conciencia de culpabilidad [...], existe antes que el super-yo, en consecuencia, también antes de la conciencia (moral).²⁴

²² Cfr. Robert Waelder. *El pensamiento vivo de Freud*. Traducción. de Felipe Jiménez de Asua. Buenos Aires: Losada, 1965. 210 pp.

²³ Sigmund Freud. *El malestar en la cultura. y otros ensayos*. Madrid: Alianza, 1999. pp. 81.

²⁴ *Idem*.

Si bien esta aseveración puede ser correcta desde un determinado punto de vista, para Erich Fromm²⁵, éste planteamiento ignora que reprimir un impulso significa extirparlo de la conciencia, pero no significa privarlo de su existencia, por lo que la supresión no elimina el impulso en sí, sino la acción que podría emanar de él mismo. Es por esto que la dinámica del psiquismo entre el masoquismo y el sadismo, proviene de un espíritu de autocastigo y sufrimiento, pero no necesariamente conduce a la virtud. Dicho de otra forma, si en nuestra personalidad no se encuentran interiorizadas o aprehendidas de forma aceptable las conductas socialmente adecuadas, actuaremos bien siempre y cuando los otros nos estén observando para lograr su aprobación o su corrección, y no como algo que forma parte de nosotros mismos.

Por otra parte, a partir de Freud y hasta nuestros días, han surgido teorías sobre el psiquismo humano afirmando que las experiencias de gozo y felicidad que acompañan a toda vida productiva, empiezan desde la actuación conforme a nuestra vocación, con el propósito de construir nuestra propia identidad, lo cual puede contribuir más a la educación ética del individuo, que todas las amenazas de castigo, corrección o penitencia, que logren hacerlo actuar conforme a la virtud.²⁶

Desde este último punto de vista y con lo ya expuesto anteriormente, el alma se asume como el espejo nítido que guarda los misterios de la conducta humana, como la fuerza activadora de nuestra mente, de pensamientos, sensaciones, percepciones, sentimientos, memoria y creencias; intenciones, decisiones, propósitos, acciones y deseos; dolor, placer, emociones y estados de

²⁵ Cfr. FROMM, Erich. "Represión vs. Productividad", en *Ética y psicoanálisis*, pp.225-230.

²⁶ *Idem.*

ánimo; nuestras cualidades y defectos, que a final de cuentas delata lo que somos, y anuncia nuestro *ethos*.²⁷

Lo que somos, nuestra personalidad, se sustenta en la fuerza del *ethos* en el carácter, como la forma en la que la energía humana es canalizada en los procesos de asimilación que le permiten obrar consistente y razonablemente manifestándose en la fidelidad hacia sí mismos y ante los demás en la construcción de su naturaleza moral y cultural, mediante sus actos y por encima de la mera naturaleza dada.

El principio de la acción, buena o mala, es la determinación, es la voluntad y todo lo que en nosotros obra según la razón. Pero la razón y la voluntad, que inspiran nuestros actos, mudan también, puesto que nosotros hacemos que muden nuestros actos con plena voluntad. Por consiguiente, el principio y la determinación mudan como aquéllos; es decir, que este cambio es perfectamente voluntario. Por lo tanto, y como conclusión final sólo de nosotros depende el ser buenos o malos.²⁸

Es así, como el *ethos*, el carácter del hombre, no es más que sus disposiciones para conducirse de un modo y no de otro, para llevar un estilo de vida determinado. El *ethos* es ante todo el modo de ser propio del ser humano, el cual se asume libre, del que se autoposee, en y a través de su acción deliberada.

El *ethos* o carácter es el modo de ser personal autoadquirido en el ejercicio cotidiano de la propia libertad. La complejidad antropológica y psicológica del ser humano impiden de hecho comprenderlo en una consideración directa e inmediata y menos aún permiten expresarlo en proposiciones simples. El conocimiento del *ethos solo [sic.] puede realizarse mediante la vía analítica*, esto es, a través del estudio de sus elementos

²⁷ Cfr. K. Campbell. *Cuerpo y mente*. Traducción de Susana Marín. México: UNAM, 1987.154 pp. (Colección Filosofía Contemporánea)

²⁸ Aristóteles. *Magna moralia*. Traducción de Patricio de Azcárate. Buenos Aires: Losada, 2004. pp. 38 y 39.

constitutivos los hábitos. Estos son las diversas cualidades que muestran al sujeto, en cuanto resultado del desarrollo de las diferentes capacidades operativas humanas congénitas y adquiridas. Hábito es costumbre, pero no sólo ni principalmente eso. El término <<costumbre>> tiene hoy una connotación dominante de acción rutinaria que no se encuentra, por ejemplo en el latín *mos*[²⁹]. Además, al mencionar <<costumbre>> la atención se dirige espontáneamente a lo primario: a su dimensión significativa de repetición continuada de actos. Sin embargo, en su raíz antropológica, el hábito es un elemento primordialmente ético en el sentido señalado: el hábito es la especificación del modo de ser de una persona.³⁰

El hábito expresa la facultad de elección por la repetición libre, conciente y voluntaria de acciones queridas, para formar a nuestro *ethos* y orientarlo hacia a la virtud, que no es más que el reflejo de los actos que buscan realizar las más altas y distintivas potencias del ser; y que sólo es posible en el constante intercambio entre el yo y el mundo, en la interrelación del dentro y afuera. "Sólo en la relación con el otro, en la salida hacia el otro y en la asunción del otro dentro de nosotros mismos; [...] incorporándolo al contenido de nuestro propio mundo cognoscitivo, logramos la realización y enriquecimiento de nuestro ser personal".³¹

De esta manera vemos que lo ético del *ethos* solamente puede ser fruto de lo colectivo, que forma parte también, de la estructura de lo individual que se encuentra condicionada a un mundo, una comunidad, a un lenguaje y costumbres en función de la cultura y civilización a la que pertenece. Así, el comportamiento habitual individual se socializa a través de un modelo, por lo que dicho comportamiento no queda sumido en el angosto espacio de la naturaleza individual y de sus limitados logros. Cada hecho tiene una

²⁹ Del latín: *môs, môris, m.*, voluntad de alguien, deseo, capricho. *Diccionario por raíces del latín y de las voces derivadas*. p.448.

³⁰Francisco Altarejos. "El *ethos* docente: una propuesta deontológica", en *Ética docente. Elementos para una deontología profesional*. Barcelona: Ariel, 1998. p. 98.

³¹Emerich Coreth. *¿Qué es el hombre. Esquema de una antropología filosófica*. Traducción de Claudio Gancho. Barcelona: Herder, 1976. p.85.

resonancia que precisa de otras individualidades. Pero ello implica una forma de cultura donde se dan proyectos colectivos en función de determinadas decisiones, hábitos o ideas.³²

Para Fromm³³, la posibilidad que se tiene de decidir o elegir, supone ya un ascenso a una determinada perspectiva moral. Para él, elegir también implica, actuar en contra del destino y de nuestra naturaleza "original", de hacer uso consciente de la libertad, para conformar un modo de ser propio, tener una marca distintiva con características peculiares para autoconstituirse dinámicamente (éticamente), estableciendo diferencias entre el bien y el mal, justicia e injusticia, entre acciones que deben practicarse y otras que hay que evitar, la actividad primordial de conciencia humana, de lo que llamamos *ethos*.

Desde aquí, la elección nos coloca en la alternativa donde la vida nos ofrece elementos suficientes para "valorar": "elegir es valorar; establecer los criterios que nos proyectan hacia los posibles caminos de la existencia".³⁴ Entonces, se establece que la vida, y por consiguiente el instinto de defensa propio del yo, el egoísmo implacable, puede quedar subordinado por una idea a la que el individuo entrega el privilegio de su singularidad. Desde el momento que tiene lugar esa elección hacia el largo territorio de lo colectivo comienza el *ethos* a salir del cubículo del cuerpo para entrar en el espacio donde se teje lo social y se inicia, realmente, la humanización.³⁵

Esta humanización se da como resultado de la obligatoriedad de reconocer otras existencias, de la lucha entre el individuo y el plasma colectivo en el que está sumido, en la búsqueda del equilibrio de las relaciones hombre-ser, individuo-comunidad, actividad-receptividad.

³² Cfr. Aquiles Chichu (Coord.). *El ethos en un mundo secular*. Introducción de Martín Mora Ledesma. México: UAM, Unidad Iztapalapa, 1991. 147 pp.

³³ Cfr. Erich Fromm. *Ética y psicoanálisis*. pp. 48-117.

³⁴ Emilio Lledó. "El mudo homérico" en CAMPS, Victoria. *Historia de la ética 1*. p. 32.

³⁵ Cfr. Juliana González. *Ethos destino del hombre*. pp. 22-43.

En la actividad integradora de “humanizar su querer”, el cual implica un profundo sentido ético de la cualidad humana, de la naturaleza del *ethos*, que es naturaleza ética, que no es naturaleza inicialmente dada ni recibida, sino adquirida por la particular conquista de cada uno, la cual se obtiene solamente como consecuencia de un modo de dirigir la propia actividad, esto es, por el carácter contrapuesto al temperamento, entonces donde hay naturaleza ética, el temperamento queda moldeado por ese carácter que forma, construye y configura interiormente, a los individuos que lo tienen. De tal modo que se hace manifiesto por su manera de obrar y ser en el mundo.

La apropiación de esta imagen de *ethos* resultado de la reflexión consciente que existe como posibilidad del bien ético en todos los seres humanos, como veremos más adelante, puede ser abordada a partir de la propuesta de Erich Fromm, cuando nos habla sobre las estructuras que orientan la vida. Y aún cuando él no la mencione como tal, considero que se refiere sin lugar a dudas a la vida buena, en donde es imprescindible amarse, conocerse y respetarse uno mismo para poder hacer lo propio con los demás.

Desde esta perspectiva, este *ethos* propuesto, como una estructura orientadora de nuestros actos le dan sentido a la vida, desde nuestra experiencia, desde nuestras palabras y desde nuestras decisiones, encaminadas al bien vivir y el bien hacer. Desde esta perspectiva el *ethos* se torna una estructura orientadora que indica los caminos a seguir y que de ningún modo se pueden interpretar como la meta final, sino más bien como el advenimiento constante de sujetos en el mundo con el mundo y para el mundo.

1.3 El *ethos* como estructura orientadora

Si la virtud es una cualidad del alma, y si es indispensable que sea útil, es preciso que sea la sabiduría misma. Porque en el supuesto de que todas las demás cualidades del alma no son por sí mismas útiles y dañosas, sino que se hacen lo uno o lo otro, según que las acompaña la sabiduría o la imprudencia, resulta de aquí, que la virtud, siendo útil, debe ser una especie de sabiduría.

*Menón o de la virtud.
Diálogos*

Durante mucho tiempo se ha insistido en separar la personalidad humana, tratando a toda costa de suprimir los deseos a favor de la conservación de la razón. Es así como la razón se convierte en guardián de los deseos, volviéndose ella misma en cautiva, frustrándose ambos lados de la personalidad humana. La razón ha creado una fragmentación en el hombre sobre el entendimiento de lo que él mismo es. Lo obliga a esforzarse constantemente para explicarse, por lo deseable que en el desarrollo de su existencia, su razón lo fuerce a crear mediante ella un mundo propio en el que pueda sentirse como en su hogar, consigo mismo y con sus semejantes, que lo impulse a encontrar un estado de equilibrio y de unidad entre él mismo y el resto de la naturaleza, incitándolo a construir una estructura mental inclusiva del mundo, la cual pueda guiarlo a encontrar una respuesta al problema de lo que es y lo que debe hacer.³⁶ Es preciso encontrar mediante el uso de sus capacidades y aspiraciones una estructura que lo oriente, su *ethos*, carácter, personalidad, que lo guíe hacia una meta o a una idea, "al buen comportamiento y a la voluntad del ser racional"³⁷, para lograr

³⁶ Cfr. Erich Fromm. *Ética y psicoanálisis*. pp. 17-253.

³⁷ Immanuel Kant. *Reflexiones sobre filosofía moral*. Traducción de José G. Santos Herceg. Salamanca: Sígueme, 2004. p. 101,6835.φ

con ello el *summum bonum*³⁸, "constituido por la felicidad, lo bueno y la eticidad".³⁹

Pero, si este encuentro con nuestro *ethos* no es posible, nos encontraremos carentes de objetivos que den sentido y orientación a nuestras vidas en la búsqueda del bien ser y el bien hacer, y no sabremos cómo interpretar todos aquellos fenómenos que nos proporciona la realidad circundante difícil de comprender. Entonces, estos fenómenos se reflejarán como un vacío interior que nos hará experimentar un profundo disgusto e incapacidad del ser y del actuar⁴⁰, pues "si el hombre no fuera más que un intelecto desbordado, conseguiría su objetivo con un sistema amplio de ideas. Pero como es una entidad dotada de cuerpo y alma, tiene que reaccionar contra la dicotomía de su existencia no sólo pensando, sino con el proceso total de la vida, con sus sentimientos y sus acciones".⁴¹

De aquí que esta estructura orientadora, este *ethos*, contenga el sentido de "realizable", que permita la acción, que aparezca como valiendo la pena y como compensadora del esfuerzo al bien ser y al bien obrar, que pueda entenderse y afirmarse en el conocimiento expresable del terreno del querer y del actuar prácticos, en acciones deseables y realizables.⁴² Un *ethos*, que responda a la necesidad que experimenta el individuo de tener no sólo un sistema de ideas, sino también el de contar con un objetivo de actuar ético que le dé sentido a su existencia, a su hacer profesional y a su situación en el mundo.⁴³ En este sentido esta estructura orientadora tiene como fundamento principal el carácter del hombre, de su modo de obrar, de sentir y de pensar. Es la forma en la que su energía se canaliza en

³⁸ El más elevado bien.

³⁹ Immanuel Kant. *Op. Cit.*, p. 37, 6584.η

⁴⁰ Emerich Coreth. *¿Qué es el hombre? Esquema de una antropología filosófica*. Traducción de Claudio Gancho. Barcelona: Herder, 1976. pp. 40-259.

⁴¹ Erich Fromm. *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. p. 61.

⁴² Cfr. Emerich Coreth. *Op. Cit.*, p. 40-259.

⁴³ Cfr. Erich Fromm. *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. pp. 17-253.

los procesos de asimilación, socialización y en los modos específicos de relación del individuo con el mundo. Por esta razón, "el desarrollo de la totalidad del carácter humano [...] se denomina personalidad",⁴⁴ que consiste en el mejor desarrollo de la existencia humana con todos sus aspectos biológicos, sociales y espirituales, que es la suprema realización, acción de máximo valor de la vida, la afirmación del ser y la triunfante adaptación a los hechos con simultánea libertad de la propia afirmación.⁴⁵ La personalidad significa también fidelidad, confianza y constancia leal hacia sí mismo, en la elección del camino propio, la de la decisión moral, que fortalece el desarrollo mismo de la personalidad.

Pero sólo se puede llegar a decidir moralmente el camino propio cuando se le considera el mejor. Si se considera mejor otro camino se seguirá en ese sentido la propia personalidad. Los demás caminos son las conveniencias de índole moral, social, filosófica y religiosa. El hecho de que las conveniencias siempre florezcan en una forma u otra prueba que la abrumadora mayoría de los hombres no elige el camino propio sino el de la conveniencia, y por lo tanto sólo se desarrolla en ellos mismos un método y, en consecuencia, un fenómeno colectivo a costa de la propia integridad.⁴⁶

En este sentido el *ethos*, como estructura orientadora hacia el bien ser y en nuestro hacer, depende de nuestros actos libres y voluntarios, entendiéndose que "la palabra voluntario designa, absolutamente hablando, todo lo que hacemos sin vernos, precisados por una necesidad cualquiera".⁴⁷

Así, la autorrealización de la personalidad humana sólo se cumple en el querer y actuar libre y voluntario, querer que aparece como base de los fines y posibilidades objetivas, reales, para realizarme a

⁴⁴Carl Gustav Jung. *Op. Cit.* p. 159.

⁴⁵*Ibidem*, p. 7-187.

⁴⁶*Ibidem*, p. 168.

⁴⁷ARISTÓTELES. *Magna moralia*. p. 41.

mí mismo, en las posibilidades de la propia existencia, con la disposición de mente, y cuerpo y la definición que de mí mismo posea,⁴⁸ “pues se observa que la personalidad no se puede desarrollar nunca sin que se elija conscientemente y con consciente decisión moral el camino propio”.⁴⁹

La auténtica personalidad tiene un destino libertador que cree en él, lo venera. Es un sentimiento de determinación individual que obedece sólo a su consciencia humana, no como género de especie naturalmente humana, sino como humanización del hombre mismo, “la humanización [que] coincide con la formación del *ethos*: la forma propiamente humana de ser. La excelencia, así, es cultivo y cultura a través de los cuales el hombre busca realizar las más altas y distintivas potencias de su ser”.⁵⁰ Por esta razón, todo aquel que tiene un destino libertador debe obedecer a su consciencia humana como si fuera un *daimon*, que le sugiere nuevos y mejores caminos, como voz de su interior, que lo marca y que lo guía.⁵¹ Sin embargo, esta consciencia humana no es la voz autoritaria que se ocupa de la obediencia, la del autosacrificio y el deber ser del hombre en la forma en que estamos condicionados y ansiosos por contentar y temeroso de contrariar, reprimiendo nuestros impulsos “malvados”.⁵²

Es por esto que la consciencia humana, al ser la de la autorrealización, es también la consciencia misma de sí, del conocimiento de uno mismo, de nuestros aciertos y desaciertos, la consciencia que oscila entre el “bien” y el “mal”; que en ningún caso se manifiestan como puros, pues sólo son las interpretaciones de las manifestaciones humanas, que habitan en nosotros, en constante lucha, que ponen a prueba el uso productivo de nuestras

⁴⁸Cfr. Emerich CORETH, . *Op. Cit*, pp. 40-259.

⁴⁹Carl Gustav Jung. *Op. Cit.*, p. 167.

⁵⁰Juliana González. *El ethos, destino del hombre*. p. 23

⁵¹Cfr. Carl Gustav Jung. *Op. Cit.*, pp. 7-187.

⁵²Cfr. Erich Fromm. *Ética y psicoanálisis*. pp. 48-117.

potencialidades para reconocer y crear condiciones y actos que nos puedan orientar hacia la virtud y la felicidad.⁵³

A manera de conclusión de este capítulo, se plantea entonces, que esta estructura orientadora llamada *ethos*, se presenta como la base para alcanzar la libertad de acción hacia la virtud; libertad que se adquiere al conocerse así mismo, como la superación a las limitaciones, la adquisición de madurez, como la manera de llegar a ser humano que se es en potencia. Y también para la felicidad, para el vivir en armonía con el propio ser, para alcanza el bien autosuficiente, que es el fin de cuanto hacemos. Todo esto con una consciencia humana que juzgue nuestro funcionamiento en la sociedad en la que estemos insertos, mediante nuestras acciones, pensamientos y sentimientos que nos conduzcan al desarrollo y despliegue correcto de nuestra personalidad humana individual, pero también, de nuestra personalidad colectiva al servicio del otro en nuestro hacer profesional, así nuestros actos habituales, continuados en el bien ser y actuar, darán a nuestra vida productiva un sentimiento de aprobación interior y de buena consciencia humana.

⁵³ *Idem.*

El *ethos* y la ética profesional

2.1 El *ethos* profesional

La vocación de ser humano entraña un doble fin: personal y social. Social porque se ha de dar dentro de la sociedad, y porque los demás también tienen esa misma vocación, y cada quien la tiene en correlación con todos. Personal, porque el hombre ha de esforzarse por lograr su propio fin, y la plenitud de su realización, porque no hay ningún otro valor al cual el imperativo de ser plenamente humano pueda subordinarse.

Juan Manuel García de Alba
Ética profesional

Desde una visión aristotélica, donde no hay distinción entre el carácter y las conductas individuales, las relaciones entre individuos y entre éstos y la colectividad, tienen como fin la consecución de la vida humana individual, que sólo se consigue plenamente en una comunidad. Por tanto, el proceso por el cual el carácter y las costumbres, el *ethos* del hombre, que se pretende se desarrolle hacia las virtudes y el fin humano en general, alcanza su conformación en la *polis*.⁵⁵ Es por eso que, como los sujetos sociales que somos, y como lo refiere María Martina Casullo⁵⁶, ejercemos distintos roles en relación con el lugar que ocupamos y en función de nuestra ubicación en el sistema de relaciones interpersonales del que formamos parte

⁵⁵Cfr. Crescenciano Grave. "Aristóteles: la prudente felicidad", en Alberto Constante y Leticia Flores Farfán (Coord.) *Imprescindibles de la ética y la política (siglo V a.c. – siglo XIX d.c.)* pp. 51-60.

⁵⁶María Martina Casullo. "Génesis y consolidación del proyecto de vida", en *Proyecto de vida y decisión vocacional*. Buenos Aires: Paidós, 1994. pp.12-30.

como: hija, padre alumno, empleado, amiga, vecina, jefe, madre, profesional, etc.

Y la asunción de los diferentes roles que ejercemos forman parte de nuestra identidad, la cual es construida sobre la base de las dimensiones de tiempo y espacio.

El aspecto temporal hace referencia a "las cosas o experiencias que nos pasaron" y que pudimos enfrentar con mayor o menor eficacia. Lo espacial se vincula fundamentalmente al entorno sociocultural del cual formamos parte; proporciona la vigencia de determinados valores, creencias, normas y costumbres referidas a cuestiones tales como el trabajo, el sexo, la ética, el dinero, el prestigio, el poder, la muerte, la vida, la familia, la pareja.⁵⁷

Todo esto contribuye a la construcción de la autopercepción como individuos en sociedad y en nuestra posible inserción en la cultura de trabajo, que darán como resultado una identidad ocupacional, la cual estará determinada en la mayoría de los casos por el género, por aquello que se presenta como prestigioso o lo que pueda generar éxito económico.⁵⁸

Pero sobre todo, y en el caso específico de una actividad laboral prestigiosa y con un estatus social determinado, es lo que lleva al surgimiento de las profesiones, y que según Nora María Berumen de los Santos⁵⁹, obedece de alguna manera a la necesidad de contar con conocimientos o saberes especializados que permitan resolver problemas concretos; sobre todo aquellos de índole social y económico, y que den forma y nombre a la naturaleza de nuestra actividad. El trabajo, que se exige y se desea en la mayoría de los casos en una profesión, la cual tiene que ver con actividades de gran

⁵⁷*Ididem*, p.16.

⁵⁸María Martina Casullo. *Op. Cit.*, pp.12-30.

⁵⁹Nora María Berumen de los Santos, *et. al. Ética del ejercicio profesional*. pp.122-135.

valor social, indispensables a la colectividad y que exigen amplios conocimientos, así como una forma específica de actuar.

En este sentido Aquiles Menéndez⁶⁰ como Berumen de los Santos⁶¹, coinciden que, en el momento que se le atribuye a la profesión la diferenciación y la valorización que le trasmite la universidad, estamos ante un profesional que desarrolla una actividad social-económica específica, cuyo servicio supone y se desea como una actitud que lo lleve más allá de lo meramente material, hacia el mundo de lo ideal, que reclama la generosidad del que posee el conocimiento teórico y técnico para la búsqueda del bienestar del individuo y de la sociedad; guiado por su *ethos*, —su modo de ser y actuar—, cuya conformación de las partes, afectiva por un lado e intelectual por el otro, se encuentran orientadas hacia el bien, o si se prefiere hacia la virtud —como cualidad positiva o actividad adecuada humanamente compartible—, reflejada en la libertad de su acción y en la formación de su conciencia humana.

La profesión, de un modo muy general, es definida como la actividad del individuo con un fin y una función social específica, como una capacidad productiva, en donde la persona por medio de su actividad, realiza su propia vocación dentro de un trabajo libremente elegido. Es así como el profesional ejerce con dedicación sus servicios con competencia, esmero, lealtad y honestidad, conforme a los parámetros de excelencia que le exige su profesión en el momento histórico, social y cultural en que vive, tratando cada día de mejorarlos. En este sentido, ideal o deseable, la profesión es sin lugar a dudas, la respuesta al llamado interior que impulsa a exteriorizar el talento a una inclinación para dedicar la vida a una

⁶⁰Aquiles Menéndez. *Ética profesional*. México:Herrero hnos., 1962. pp. 18-23.

⁶¹Nora María Berumen de los Santos, et. al. *Op. Cit.*, p.122-135.

actividad productiva ideal; que sea disfrutable, que tenga sentido y coherencia en la vida.⁶²

Es en esta forma y cuando el profesional se dedica a su profesión con sentido vocacional, cuando hace profesión de un modo de ser y de vivir, por lo que el profesional siente y vive su entrega a la profesión como respuesta a una llamada superior que organiza el sentido de su vida en torno al sentido unificador que aglutina su dedicación profesional. Este llamado vocacional desde la perspectiva de Francesc Roselló,⁶³ es el que se da como resultado del conocimiento de sí mismo, pero desde un punto en donde para obtener la adquisición de este conocimiento se requiere y es esencial escucharse a uno mismo, porque hay que aprender a escucharse, tanto desde un punto de vista interior como exterior. Esto significa escuchar en primer lugar, las voces de la memoria personal; luego escuchar los deseos que brotan del alma; y, finalmente, escuchar los pensamientos que elaboramos con el intelecto. Sólo podemos conocernos a nosotros mismos cuando no ignoramos todo cuanto configura el universo interior donde habitan nuestros recuerdos, deseos, expectativas, resentimientos, alegrías y miedos, pensamientos propios y ajenos. No podemos esquivar la voz de los deseos, ni ahogar los gritos del pensamiento.

Para Torralba⁶⁴, el conocimiento de uno mismo requiere evidentemente de un proceso de escucha interior, ordenando de la mejor manera las notas discordantes del exterior, sin olvidar que no podríamos conocernos a fondo sin la constante interacción con los demás. Al abrirnos al otro y responder a sus palabras, nos descubrimos a nosotros mismos y descubrimos hasta qué punto vivimos las convicciones que decimos tener. Al escuchar a los demás,

⁶²Augusto Hortal. *Ética general de las profesiones*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 1994. pp. 251-267.

⁶³Francesc Torralba Roselló. *El arte de saber escuchar*. Traducción de Ramón Sala Gili. Lleida: Milenio, 2007. pp. 193-198.

⁶⁴*Idem*.

nos descubrimos a nosotros mismos como seres singulares pero no indistintos en el mundo, dotados de unas ideas propias y capaces de delimitar fronteras y espacios de convivencia con el otro.

Sin la existencia del otro, jamás podríamos llegar a conocernos. Al entrar en relación con el otro, tomamos conciencia de cuáles son sus fronteras, sus convicciones, sus certezas e incertidumbres y al mismo tiempo aprendemos a definirnos y a responder a la pregunta sobre la identidad personal.

A la identidad como localización ocupacional en el espacio social viene a sumarse la estructuración de la trayectoria profesional como una escala temporal biográfica, [...] el trabajo, junto con la familia, son las dos grandes fuentes de inserción de identidad social. La inserción, localización e identificación social que proporciona el trabajo a cualquier trabajador y especialmente al profesional es fuente de identidad. Tener una identidad social es ocupar un puesto específico en el mundo. La ocupación laboral y la pertenencia en un colectivo profesional proporcionan identidad, sobre todo cuando éstas se prolongan en el tiempo y adquieren un sentido ascendente que facilita no sólo la localización social objetiva en el mundo social, sino la identificación con lo que uno va siendo y ha ido logrando.⁶⁵

Es así como la personalidad, la identidad y la vocación, se entrelazan constantemente, pero sin que se subsuman entre ellas, pues conocer nuestra vocación, y en este caso la profesional es disfrutar de manera libre y consciente la profesión que creemos necesaria para mejorar el mundo. Esta llamada que cada uno recibe de forma directa y que ningún otro individuo es llamado a emprender las mismas actividades del mismo modo que nosotros, nos permite expresarnos a través de las actividades que realizamos y de lo que somos como profesionales. Por tal motivo, el desarrollo del *ethos* profesional, presupone una elección libre y consciente de una personalidad perfectible, al igual que la firma o la huella digital, es

⁶⁵Augusto Hortal. *Op. Cit.* p. 254.

exclusivamente personal, que asume el compromiso de ofrecer durante su existencia ese "algo" que nadie más puede ofrecer del mismo modo.⁶⁶

De esta manera se comprende que la mejor manifestación del *ethos* profesional se da a través del servicio a los demás, cuando nuestros esfuerzos como profesionales influyen en la vida de las otras personas, cuando conseguimos que los demás, alcancen la satisfacción que buscan; cuando nuestra actividad profesional se fundamenta en nuestro principio vocacional. Este sentido social de la profesión que se desarrolla más allá de una visión altruista, es la práctica en el hacer profesional y su repercusión sobre los individuos y la comunidad, pues son los otros y la sociedad en su conjunto los que reciben el producto de la actividad profesional.

Es la elección de una profesión y su consecuente actividad el producto de un proceso de maduración afectiva e intelectual donde se aprende a actuar con responsabilidad. "Esto significa básicamente hacerse cargo de las consecuencias de las propias decisiones, reconocer que no se está solo, que hay otros con los que hay que convivir".⁶⁷ La responsabilidad social es consecuencia de la responsabilidad personal. El profesionalista tiene un compromiso con la sociedad, respetando la dignidad de la persona, canalizando su voluntad hacia el bien de la sociedad, de la que es servidor y guía. Es por esto que el llamado a responder de la propia vida trae consigo la necesidad de atender a los diferentes campos que forman la vida humana. Todas las dimensiones del hombre quedan abarcadas en el llamamiento a ser responsable. Por lo mismo, tendrá que ocuparse de la vida familiar, la vida profesional, política, la actividad económica y el cuidado del mundo en general.

⁶⁶Richar J. Leider y David Shapiro. *El trabajo ideal*. Traducción de Marta Pino Moreno. Barcelona: Paidós, 2002. pp. 9-47.

⁶⁷María Martina Casullo. *Op. Cit.*, p.19.

Para García de Alba,⁶⁸ la responsabilidad se asume y se desarrolla por la ordenación consciente y libre de los propios actos, de la misma forma que el ejercicio de la libertad y la consciencia, que en primer lugar es en beneficio de la persona y posteriormente en beneficio de la sociedad. Pues dado que el hombre es un ser social llamado a enriquecer y a justificar sus acciones ante los demás, sus acciones pueden ser objeto tanto de su propio juicio como el de los demás. Por lo tanto, al responsabilizarse de su forma de ser y de proceder, el profesional mejora y fortalece el tejido social, y es donde la responsabilidad del *ethos* profesional se fundamenta en su capacidad de dialogar, desde donde también entendemos que:

[...] la palabra responsabilidad se deriva de la palabra respuesta. Es una actitud específicamente personal, pues sólo la persona puede responder. Ser responsable es responder ante la realidad, y además, del modo de responder. Responder es asumir la responsabilidad de la respuesta.⁶⁹

La responsabilidad profesional es posible en la medida en que puede dar razón de sí y de su acción, tanto ante sí mismo, como ante los demás. Es la capacidad ética como persona lo cual le da dignidad, seriedad y nobleza a su trabajo, en su aptitud para abarcar y traspasar su esfera profesional en un horizonte más amplio, que le hace valer como persona fuera y dentro de su trabajo, es el desarrollo de actitudes que le permiten ejercer su profesión dignamente para llegar a ser una persona íntegra.

Por tanto, desde esta perspectiva e incluyendo los elementos mencionados, el profesional está capacitado para elegir con libertad y en función de su vocación la disciplina de la que va a vivir y la forma

⁶⁸Juan Manuel García de Alba. *Ética profesional, parte fundamental*. Morelia: AMIESIC, 1998. pp. 117-139.

⁶⁹*Ibidem*, p. 129.

de ejercerla para poder compartir con sus semejantes, sus habilidades, capacidades y conocimientos, reconociendo sus alcances y limitaciones, conformadas por el conocimiento de su vocación, haciéndola patente en la actividad de vida que más se acerca a sus ideales de verdad y de belleza, de los deseos de ser y hacer de la existencia un periodo agradable de vida, de satisfacción y aceptación propia, de la de los otros, de los que ama y de aquellos que aún no conoce.⁷⁰

Es así como pienso que el *ethos* profesional en su conformación, necesita, además del trabajo de conocimiento, la reflexión y el juicio, que son de orden intelectual; así como, el amor a la verdad y a la virtud en la acción adecuada. En una palabra, es una tarea que va más allá de la información y culmina en la formación de la personalidad ética.

⁷⁰*Ibidem*, p. 117-139.

2.2 La Ética Profesional

Lo irracional en la inteligencia, la voluntad y la conducta se halla bastante extendido entre los hombres; son pocos los verdaderamente razonables, más aún, el sabio, el que pone su propia voluntad en perfecta consonancia con la ley general y divina del universo, no es sino una imagen ideal, "naturae humanae exemplar", que jamás se da en la realidad en estado de perfecta pureza.

Erwin Rohde

Psique, la idea del alma y la inmortalidad entre los griegos

El *ethos*, como hábito, modo de ser, referido al actuar humano, es una creación necesaria del hombre desde el momento en que se organiza en sociedad. Es por esto que la palabra *ethos* como raíz etimológica de la palabra ética (el sentido verdadero de la palabra)⁷¹, se entiende desde los griegos como: hábito, carácter o modo de ser.

Es de esta forma como el *ethos* y la ética mantiene una estrecha relación en el actuar humano, en el actuar conforme a sí mismo con plena conciencia de decisión, con libertad. Es por esto que en su "Ética fundamental", Juan Manuel García⁷² señala constantemente que el hombre por ser libre, tiene la posibilidad de decidir su vida, su acción y el modo de realizarla. Y que su responsabilidad surge de la posibilidad de actuar de distintas maneras ante distintos objetivos y con distintas motivaciones, lo que se da solamente en un ser libre. Es así, como el individuo tiene que considerar la realidad antes de ejecutar un acto. Y su libertad puede preferir una respuesta en vista de algo, convirtiendo los estímulos en posibilidades, y no en exigencias, de tal modo que se pueda adaptar y, al mismo tiempo,

⁷¹*Ethos* adj., ético, moral [gr., *ēthikos* íd]. Santiago Segura Munguía. *Diccionario por raíces del latín y de las voces derivadas*. España: Universidad de Deusto. p. 209.

⁷²Juan Manuel García de Alba. *Op. Cit.*, pp. 55-70.

vincularse a su mundo a través de sus opciones inteligentes, en congruencia con la realidad que lo circunda.

Para llevar a cabo tal referencia, es necesario aceptar de manera crítica los elementos que se tienen, como pueden ser, entre tantos otros, y como ya se ha mencionado, el rol que desempeñan los modelos de identificación que se proponen en este mundo contemporáneo, desde los medios masivos de comunicación, de las crisis y confusiones existentes en el mercado de trabajo y el nuevo orden económico global que ofrece un panorama difícil para vastos sectores sociales.

Pero a pesar de la circunstancia, podemos llevar cabo dicha vinculación inteligente en la realidad que nos circunda ejerciendo nuestra libertad que tenemos para elegir nuestros actos, los cuales no solamente contienen los elementos necesarios para mantener el nivel biológico, sino, además y primordialmente, aquellos que nos permiten construirla a nivel humano. Es por esto que la libertad se define como la capacidad humana de elegir nuestras acciones y en consecuencia ser responsables del resultado de las mismas.

Aún cuando son muchas las circunstancias y los condicionamientos que influyen en nosotros como personas para poder elegir el camino propio, como individuos libres, el último responsable de nuestros ser y de nuestro hacer en el mundo, somos nosotros mismos. Y nuestras disposiciones para desarrollar nuestras posibilidades ante la vida, nutren nuestro carácter y se refleja en nuestra acción.⁷³ Por tal motivo, para avanzar y crecer personalmente así como profesionalmente, tenemos que ayudar a los demás a ser plenamente humanos, lo cual lograremos mediante la toma de conciencia de los principios de acción de todo ser humano, de sus medios, de sus finalidades y de sus posibilidades. Porque al descubrir

⁷³*Ibidem*, pp. 17-32.

la realización del bien personal en el contexto y en el compromiso con el bien común, descubrimos nuestro ser ético.⁷⁴

Cuando se hace referencia al bien común, se hace mención que en el ejercicio profesional se busca el bienestar individual y colectivo, con la ayuda de criterios de carácter general que se pueden apelar como una orientación para la formación profesional; criterios o principios que se interpretan como

[...] una afirmación fundamental de la que se derivan una serie de consecuencias o conclusiones. No son algo añadido a la persona, como cualquier calificativo, sino que fluyen como atributos de su misma realidad y se fundamentan en su naturaleza. Los principios se caracterizan por lo absoluto de sus exigencias, la universalidad de su validez y la inmutabilidad de su contenido.⁷⁵

Y para ser "todo un profesional", en palabras de Augusto Hortal⁷⁶, se necesita asumir los compromisos que se comparten con los colegas de profesión, los compromisos de tratar de proporcionar competente y responsablemente las prestaciones y servicios específicos con arreglo a la escala de valores de excelencia que en cada contexto se esperan de cada tipo de servicio profesional. El profesional ejerce su oficio en relación con quienes acuden a él, necesita de su confianza; de la confianza en el buen hacer personal y también del colectivo o gremio al que pertenece. Hay cosas que cabe esperar de un profesional y que sin embargo no procede esperar de cualquier buena persona que no tiene la condición de profesional.

Tal esperanza se cifra en la existencia de un código deontológico que contiene un cierto número de normas para cada profesión, y que al final de cuentas el cumplimiento de ellas o no, siempre queda en la

⁷⁴*Ibidem*, pp. 124-132.

⁷⁵*Ibidem*, p.180

⁷⁶Augusto Hortal. *Op. Cit.* pp. 15-30.

conciencia de quien las cumple o no. Estos códigos deontológicos en un momento determinado se asumen como el control de calidad o la denominación de origen aplicado a los servicios profesionales, institucionalizados y legitimados por la sociedad. Sin embargo, el universalismo asentado en normas éticas de actuación descontextualiza y en cierto grado deshumaniza el hacer profesional, deseando que sea válido para todos en todos los tiempos y espacios.⁷⁷

Cierto es que las normas éticas se necesitan en la medida que suponen una garantía en la prestación de los servicios profesionales y éstas se piensan en la medida de su contribución decisiva sobre la consolidación de una profesión. Pues, los profesionales no lo son sólo por ser expertos capacitados, sino también por estar comprometidos en la prestación de determinados servicios específicos. La ética del profesional individual y del colectivo profesional y la autorregulación ética del colectivo que lo detenta, culmina, en un proceso de profesionalización. Aquí Las profesiones necesitan no sólo de institucionalización como respuesta a ciertas necesidades sociales, necesitan también de legitimaciones y éstas, de una u otra forma, harán referencia a los fines del vivir humano.

Pero ser un profesional competente y responsable no consiste exclusivamente en ser el individuo racional y libre —descontextualizado— a que nos tiene acostumbrado el universalismo ético al que me referí cuando hable de autonomía. El profesional es un ser humano que ha pasado por una sociabilización en la que ha adquirido, se supone, no sólo habilidades, sino también modos de hacer, sentido de pertenencia a un colectivo profesional y a una tradición centrada en la mejor prestación individualizada de un determinado tipo de servicio, y el sentido de lo que es ser un buen profesional, de cuáles son sus obligaciones profesionales, del modo de interpretarlas en el presente desde una tradición, de una historia

⁷⁷*Idem.*

—escrita o no— del ejercicio profesional, de sus mejores logros y de sus desviaciones o malas prácticas.

El *ethos* del profesional se desea y se asume como el promotor competente y responsable del bien cuyo servicio está o se pretende que esté su profesión: “hacer bien una actividad y hacer el bien a otros mediante una actividad bien hecha”,⁷⁸ como principio fundamental de toda ética profesional. Porque el fin de cada actividad es el bien a que está ordenada dicha actividad. Se trata de un bien práctico y lo que contribuye positivamente a lograrlo; es el bien que se realiza mediante la actividad humana y que pasa a convertirse en bien humano.

“El bien en sentido aristotélico no es primariamente lo que satisface un deseo, sino lo que realiza un fin y culmina en una acción”.⁷⁹ Hacer bien las cosas para hacer el bien a las personas mediante el ejercicio profesional, lleva a éste a ser competente, eficiente, diligente y responsable de aquello que él se propone. Esta idea parte del principio de beneficencia, de la virtud de hacer el bien, que se refiere al actuar en beneficio de los destinatarios de los servicios profesionales, los cuales consisten en realizar bien lo que busca hacer cada práctica profesional.⁸⁰

En muchos casos, el bien que se alcanza ejerciendo correctamente una profesión, constituye una serie de criterios para decir qué actuación profesional es buena, quién es un buen profesional, tanto en lo que se refiere a su competencia profesional como a su ética. Por tal motivo, considero que es nuestra responsabilidad como profesionales conocer los criterios consensados que de alguna manera nos guían hacia una actuación adecuada, tanto a nivel personal como social, para llevar a cabo nuestra práctica profesional en la comprensión de las distintas decisiones

⁷⁸*Ibidem*, p.116.

⁷⁹*Ibidem*, p.117.

⁸⁰*Ibidem*, pp.113-130.

humanas en contextos determinados y en la búsqueda de un mundo más humanizado. Esto como el conocimiento de la opinión de ese otro que también tiene palabra, acción y voluntad hacia y para nosotros, como espejo regulador de la convivencia humana.

Por lo que la ética profesional plasmada en un código deontológico se entiende como la redacción de ejes para guiarnos hacia un actuar adecuado o hacia acciones correctas, y que su presentación no es una serie de instrucciones a seguir, pero sin duda nos proporcionan una visión que puede ser compartida. Y en este sentido, las normas éticas o códigos deontológicos, tienen una pretensión de regulación profesional y que de alguna manera nos pueden decir en que son competentes los profesionales y responsables en el ejercicio de su profesión; qué compete y qué no compete al profesional, y cuáles son sus destrezas, que le merecen la calificación de profesional. Todas estas con preguntas a las que responde un determinado colectivo profesional, mediante, como ya se había mencionado, la conformación de un Código Deontológico o una deontología profesional.⁸¹ “*Deon*, de donde procede la palabra deontología, que es el participio del verbo griego *dei*; y que significa que algo es necesario, preceptivo o debido. La deontología profesional busca establecer un conjunto de normas exigibles a todos los que ejercen una misma profesión”.⁸²

Pero Hortal, nos dice que no hay que olvidar que la ética, aún siendo constitutivamente social, está referida en última instancia a la conciencia de los individuos, al horizonte del bien deseable y optativo, como un horizonte siempre abierto y que constantemente se amplía a medida que intentamos acercarnos a él.

Así, la ética profesional constituye una forma de resistencia a la homogeneización de los agentes morales. Los profesionales no son sólo seres capaces de experimentar, calcular y maximizar el placer y

⁸¹Augusto Hortal. *Op. Cit.*, pp. 191-198.

⁸²*Ibidem*, p. 193.

minimizar el dolor, ni son meros fines en sí; son profesionales competentes o incompetentes, responsables o irresponsables, eficientes o ineficientes.⁸³

Los profesionales, como cualquier otra persona, estamos en constante perfeccionamiento, aprendiendo a vivir como humanos que saben qué hacer para generar circuitos de comunicación humana más potentes hacia la libertad, la cultura y el sentido de la historia del mundo y del hombre.

Y si nos referimos, ya no sólo a las buenas actuaciones profesionales, sino al bien en nuestro ser y en nuestro actuar, hay que decir que el bien es pluriforme. Porque para llegar a ser una buena persona, un buen amigo, un buen ciudadano, y un buen profesional, hay que empezar por recibir educación. Educación en la que se conformará el *ethos* del pedagogo.

⁸³*Ibidem*, pp. 191-198.

Sobre la conformación del ethos del pedagogo

3.1 El *ethos* del pedagogo

La acción del hombre, surge en medio de una serie de circunstancias peculiares y contingentes. Las circunstancias histórico-sociales no pueden ni deben, tiranizarnos. Menester es conocerlas para utilizarlas. Pero es la circunstancia la que debe servir siempre al hombre y no el hombre a la circunstancia.

Agustín Basave Fernández del Valle
Filosofía del hombre

Como pedagogos, estamos de acuerdo, en que el hombre requiere de la educación para aprender a conducirse, para optimizar sus mejores posibilidades como ser humano, considerando a la educación como el proceso continuo de perfección humana. Y este proceso, es la búsqueda de lo bueno, y lo mejor, todo aquello que nos guíe sin lugar a dudas hacia la felicidad. Pero la felicidad, no es un estado de de imperturbable gozo, más bien es la constante búsqueda de la armonía con lo que somos y hacemos. Y también, podemos decir que, es la búsqueda del bien, de la virtud, de esa disposición del alma para el actuar adecuado. Sin embargo, cabe aclarar, que el actuar adecuado no es un conjunto de reglas a seguir, ni es un camino recto sin fisuras o abismos, es algo que sin duda hay que aprender a recorrer.

Y en este andar, es cuando llega ese momento, ese fugaz instante de reflexión ética, en cuanto a lo que somos y hacemos, y es ese el tiempo en que recorreremos nuestro camino como seres éticos, con relación al espacio-tiempo que nos ha tocado vivir; en el país, cultura

y sociedad en la que estamos inmersos y en la cual tenemos que aprender mediante la educación, a dominar las técnicas que nos hacen sobrevivir, a tratar de conocer la verdad, sentir la belleza y sobre todo para amar el bien. Para continuar me gustaría poder dar una respuesta satisfactoria para definir el bien, sin embargo no tengo ese conocimiento, pero si tengo una postura; para mí el bien es el esfuerzo constante, consciente y deliberado hacia el respeto, el amor y la felicidad. Y creo que este esfuerzo se llena de posibilidad en la educación que se realiza en una sociedad y en una cultura determinada, que posee una concepción propia de hombre y de determinados ideales humanos que suponen una concepción de ser humano no realizado, pero que es pensado como acabado o perfecto. Es por esto que cada pueblo tiene sus ideales educativos propios, derivados de su concepción de la vida y del mundo según los cuales aspira a formar a sus integrantes.⁸⁴

Esta idea de formación de hombre, según nos refiere N. Abbagnano y Visalberghi,⁸⁵ en un principio en la cuna de la cultura occidental —Grecia— y durante mucho tiempo, fue una tarea pensada y llevada a cabo por los filósofos, ellos tendían a identificarse con todo el saber o mejor dicho, con todos los conocimientos que tuvieran un carácter racional y sistemático, llevando a cabo la tarea de conservación y progreso del conocimiento. Por esto, se preocupaban por los modos como las nuevas generaciones debían ponerse en contacto con el patrimonio pasado sin quedar esclavizadas a éste, es decir se preocupaban de forma precisa y deliberada del fenómeno educativo, así, no sólo actuaban como filósofos, sino también como filósofos de la educación.

⁸⁴Lorenzo Luzuriaga. *Pedagogía*. 7ª ed. Buenos Aires: Losada, 1963. pp.9-56

⁸⁵N. Abbagnano y A. Visalberghi. *Historia de la pedagogía*. Traducción. de Jorge Hernández Campos. México: Fondo de Cultura Económica, 1995. pp. 10-16.

Como nota aclaratoria referente a cuestiones histórico-filosóficas, hay que tomar en cuenta que la visión de los autores mencionados está más cercana a la contemporaneidad que a la que pudieran haber tenido los filósofos de la Grecia Clásica, sin embargo se consideró su discurso pertinente para el caso.

Cierto es, que no todo filósofo se preocupó por el fenómeno educativo, también es cierto que el pedagogo y la pedagogía en Grecia, se encontraban en un plano distinto, pero aun así considero al igual que los autores mencionados que:

[...] existe entre la filosofía y la pedagogía una conexión estrechísima y a primera vista parecerá como que la diferencia que pudiera existir entre ellas es sólo cuestión de acento. Toda filosofía vital es siempre, necesaria e íntimamente, una filosofía de la educación, porque tiende a promover modalidades y formas de cultura de cierto tipo y porque contempla un cierto ideal de formación humana, aunque no lo considera definitivo ni perfecto.⁸⁶

Por tanto considero que el *ethos* del pedagogo se empezó a conformar desde la preocupación filosófica de un ideal de formación de hombre, porque tanto el filósofo de los tiempos clásicos como el pedagogo actual se entendían y se entienden, como aquellos que generan los escenarios que propician la participación en la mejora de las experiencias y vivencias de los seres humanos, provocando más y mejores situaciones de perfeccionamiento. Actuación que no estuvo alejada de los grandes filósofos, a quienes en muchas ocasiones también se les llamaba pedagogos.

Con el afán de explicar lo anterior, esbozo de forma muy somera y sin que este apartado se convierta en una historia de la Pedagogía, algunos momentos históricos, que a mí parecer forman parte de la conformación del *ethos* del pedagogo.

⁸⁶*Ibidem*, p.15.

Recapitulando, la educación también es vista como una serie de actos mediante los cuales se trata de dirigir y perfeccionar la vida humana, y en este sentido se considera que su influencia es directa e intencional sobre la conducta del ser a educar. Así como la preocupación e interés por el cuidado de las nuevas generaciones, que en todas las culturas ha sido una constante que se expresa en la secuencia y en la conciencia natural para que los seres humanos prolonguemos nuestras creaciones culturales y afirmemos nuestros actos en la humanización, siguiendo normas y hábitos transmitidos generalmente de los saberes de los adultos hacia los jóvenes.⁸⁷

Estos saberes, nacieron como experiencias de apoyo para la transmisión de conocimientos y de ayuda para el crecimiento personal y de maduración cultural, que en la Grecia Clásica, adquirieron el nombre de *Paideia*.

El ideal griego de educación es el primero que aparece de modo consciente en la historia, y se caracteriza en general por la formación del hombre político, del hombre de la polis, de la Ciudad-Estado, del ciudadano, tanto en el aspecto civil como en el bélico. Este ideal sufre una evolución desde los tiempos de Homero, en el que predomina el guerrero, hasta la época culminante de Pericles, en él sobresale el político.⁸⁸

El término *paideia* en el pensamiento contemporáneo se manifiesta en expresiones como: civilización, cultura, tradición, literatura o educación, pero ninguna de ellas expresa lo que realmente los griegos entendían por *paideia*.⁸⁹ Lo mismo sucede con la palabra Pedagogía, pues la *Paidagogia*, para los griegos consistía en el acto mismo de acompañar al niño al lugar del *Skholé* (ocio). En

⁸⁷Cfr. José Ángel López Herrerías. *Tratado de pedagogía general. La educación de la complejidad humana*. Madrid: Playor, 1996. 366 pp.

⁸⁸Lorenzo Luzuriaga, *Op. Cit.*, pp. 108.

⁸⁹Werner Jaeger. *Paideia: los ideales de la cultura griega*. pp. 3-12, 263-302 y 389-457.

el ocio, se llevaba a cabo la contemplación, la *theorein*: vida teórica para encontrar la verdad, acercarse a la sabiduría.⁹⁰ Y por su parte, el *paidagogos* era el esclavo encargado de llevar a cabo esta labor. Se trataba de ayudar al joven amo a llevar su pequeña maleta, la linterna para alumbrar el camino o, inclusive, llevar al mismo niño. Pero, sobre todo, su papel consistía en protegerlo contra los peligros de la calle, tanto físicos como, especialmente morales.

Dado que la inmoralidad griega con frecuencia se cebaba en los niños, la misión del pedagogo consistía en velar por el comportamiento del muchacho y en exigir de él unos modales correctos y dignos. La costumbre antigua atribuía a esta exigencia, por tanto implicaciones morales. De ahí que el pedagogo fácilmente pasará, de ser mero acompañante, a convertirse en el formador de carácter y de la moralidad.⁹¹

Este ascenso cobra relevante importancia como elemento básico de la educación infantil, bajo la época del helenismo. Desde este punto de vista de una época antigua, la Pedagogía fue la vigilancia que se ejerció sobre el niño: *paidós*, y el pedagogo el esclavo que cuidaba al infante⁹², en el sentido amplio de la palabra, por lo que el *ethos* fue conformando su esencia como guía, y formador moral.

Pero lo que nosotros conocemos por educación, en Grecia era llamada *paideusis*, pero "la palabra educación procede del sustantivo latino *educatio*, que a su vez se deriva del verbo *educare*, el cual se formó de las expresiones latinas *ex*, afuera y *ducere*, conducir. Etimológicamente la palabra educación quiere decir llevar, conducir

⁹⁰Jaume Trilla Bernet. *Ocio y tiempo libre en la historia*. <<<http://www.gipuzkoa.net/infojuven/guia5/cas/text4.htm>. noviembre 2009.>> [Consulta: enero, 2010]

⁹¹Ángel Castiñeira Fernández. "Introducción", en Clemente de Alejandría. *El pedagogo*. p. 22.

⁹²Emilio Barrantes. *Pedagogía*. 4ª edición. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1963. pp. 13-26.

hacia fuera".⁹³ El *educare* para los romanos fue la acción de conducir a los animales al campo, posteriormente el sentido de la educación cambió en el sentido de *educare puerum*, que es la conducción y el cuidado de los niños y, finalmente, la educación se define actualmente en términos generales, como la formación general humana.⁹⁴

Como nos refiere Werner Jaeger⁹⁵, esta formación humana en los griegos se llevaba a cabo mediante el desarrollo de la destreza y la fuerza sobresaliente como el supuesto evidente de toda posición dominante, por lo que señorío y *areté* o la perfección, se hallaban unidas y en general designaban, la fuerza y la destreza de los guerreros y ante todo el valor heroico que, junto con la acción moral y la fuerza iban unidas íntimamente.

Sin embargo, la *Paideia* griega se va transformando con la finalidad de superar los privilegios de la antigua educación para la cual la *areté* sólo era accesible a los que poseían sangre divina, haciendo uso del pensamiento racional que iba imperando en la formación consciente del espíritu. "Es el origen de la educación en el sentido estricto de la palabra: la *Paideia*".⁹⁶ Por primera vez, esta palabra alcanzó la referencia de la más alta *areté* humana a partir de la crianza del niño, llegando a comprender en sí, el conjunto de todas las exigencias ideales, corporales y espirituales, como un bien universal y una norma para todos en el sentido de una formación espiritual plenamente consciente.

Posteriormente, la idea de educación en Grecia, surgió de las necesidades más profundas de la vida y del Estado constituido por la pertinencia de utilizar la fuerza formadora del saber y de una nueva

⁹³Edmundo Escobar Peñaloza. *Introducción a la pedagogía comparada*. México: Porrúa, 1975. pp. 11.

⁹⁴*Ibidem*, pp. 11-65.

⁹⁵Werner Jaeger. *Op. Cit.*, pp. 19-65

⁹⁶*Ibidem*, p. 263.

concepción de la *areté*, mediante la educación espiritual del individuo.

La aparición de grandes individualidades espirituales y el conflicto de su aguda conciencia personal no hubiera acaso dado lugar a un movimiento educador, que por primera vez extiende a amplios círculos y da plena publicidad a la exigencia de una *areté* fundada en el saber.⁹⁷

Pues el mantenimiento del orden democrático del Estado dependía cada vez más de la justa elección de una personalidad rectora que no debía limitarse a cumplir leyes, sino a crear las leyes del Estado, con la experiencia que se adquiere en la práctica de la vida política y una intelección universal sobre la esencia de las cosas humanas.⁹⁸

Este movimiento educativo resulta de un periodo de máxima expansión de la democracia, del desarrollo político y social de la *polis*, hacia una libertad mental que sólo fue posible a través de los sofistas, "la sofística fue, pues un *movimiento cultural* más bien que una corriente filosófica".⁹⁹

Los sofistas eran los que hacían sabios a otros, los que instruían o adoctrinaban, por lo que su interés primordial no estaba situado en la naturaleza en general, ni en la realidad en sí o en la ciencia pura. Su objetivo principal era el hombre en la sociedad y sus problemas. Además, según Jaeger, son considerados como los fundadores de la ciencia de la educación, debido a los procedimientos que llevaron a cabo en la formación espiritual y también pusieron los fundamentos de la pedagogía en su arte educador, para la formación intelectual. Esta actividad pedagógica fue denominada como *techné*, y surgió como una tendencia a dividir la vida entera en una serie de

⁹⁷*Ibidem*, p.266.

⁹⁸*Ibidem*, pp. 263-302.

⁹⁹N. Abbagnano, y A. Visalberghi. *Op. Cit.*, p. 59.

fragmentos separados en vista de un fin, que teóricamente fundada, propician un saber adecuado y trasmisible, por lo que la educación es también una técnica.

La *techné* para los griegos era la expresión del saber mediante la acción de la educación ética y política, que es fundamento esencial de la *paideia*, de manera tal, que al lado de la formación puramente formal del entendimiento, se dio también en los sofistas, una educación formal en el más alto sentido de la palabra, que no solamente consistía en la mera estructuración del entendimiento y del lenguaje, sino que partía de la totalidad de las fuerzas espirituales. Es por esto que se pone a la educación en relación con el mundo de los valores, como aspiraciones ideales que el ser humano busca en su conducta y la formación espiritual en la totalidad de la *areté* humana.¹⁰⁰

El movimiento sofista tradujo la antigua tradición educadora, que se encontraba incorporada en la poesía a partir de Homero, a las fórmulas de lenguaje y en las modalidades de pensamiento de esta edad racionalista, formulando desde un punto de vista teórico, un concepto de educación que no se limitó exclusivamente a la niñez, sino que se aplicó con especial vigor al hombre adulto.

Es preciso admitir que la enseñanza de los sofistas se orientaba [...] en las disciplinas formales que constituían la pieza capital de la educación sofística. Antes de la sofística no se habla de gramática, retórica ni dialéctica. Debieron ser sus creadores. La nueva técnica es evidentemente la expresión metódica del principio de formación espiritual que se desprende del lenguaje, del discurso y del pensamiento. Esta acción pedagógica es uno de los grandes descubrimientos del espíritu humano.¹⁰¹

¹⁰⁰Werner Jaeger. *Op. Cit.*, pp. 263-302.

¹⁰¹*Ibidem*, p.287.

Por su parte Abbagnano y Vasalberghi,¹⁰² de manera general consideran a los sofistas como los fundadores de la educación liberal, así como los introductores del *curriculum* educativo de las siete artes liberales que se dividirían en el *trivium* (gramática, dialéctica y retórica) y el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música). Pero la finalidad práctica de su enseñanza no era de carácter profesional. Más bien, su objetivo residía en formar personalidades completas, abrir la mente a todo aquello que fuese conocible de su tiempo de manera formal. Los sofistas tenían fe en la educabilidad de la naturaleza humana, en la enseñanza de la virtud, interviniendo para este fin las dotes innatas (naturaleza o *physis*) y el oportuno ejercicio de las mismas; en cuyo proceso se encuentra la “trinidad pedagógica” de *Naturaleza, Conocimiento y Ejercicio*.

Para ellos, lo práctico del saber se encontraba dentro de su ideal educativo, lo que para otros puntos de vista en ese momento, no se consideraba necesariamente suficiente. Por su parte Sócrates¹⁰³, pensó que la acción no debía encontrarse ajena a la verdad, ésta se la debe encontrar al servicio de la verdad, pues conocerla ya es un bien y una orientación hacia la vida buena donde,

[...] no se trata de preocuparse de ese o aquel asunto de entre los propios, sino que antes de cualquier preocupación de este tipo, uno tiene que preocuparse de sí mismo, de la bondad (*areté*) de su propia vida o en otros términos, de su propia alma (donde este concepto de alma corresponde aproximadamente a nuestro concepto de personalidad).¹⁰⁴

¹⁰²N. Abbagnano, y A. Visalberghi. *Op. Cit.*, pp. 58-70.

¹⁰³Eduardo Nicol. *La idea de hombre*. Prólogo M. T. Padilla Longoria. México: Herder, 2004. pp. 15-46 y 302-337.

¹⁰⁴Úrsula Wolf. *La filosofía y la cuestión de la vida buena*. Prólogo Margarita Boladeras. Madrid: Síntesis, 2002. p. 50.

Al encontrar el bien próximo y concreto que puede ser realizado por el hombre en sí mismo y en su propia vida, y en la convivencia con los demás en comunidad, puede encaminar su vida hacia la perfección y el bien, que no puede lograrse en la ignorancia de su propia condición, si no se conoce a sí mismo; sí no se pregunta por el bien de cada cosa que debe guiar su conducta, y principalmente por el bien de sí mismo y el modo de alcanzarlo.¹⁰⁵ Platón consideraba que la esencia de la *areté* y la *paideia*, deben orientarse hacia la necesidad de contar con el conocimiento para la conservación y la estructuración de la vida, hacia la regulación de la verdadera comunidad, como el marco dentro del cual debe de realizarse la suprema virtud o *areté* del hombre, con el conocimiento del bien.¹⁰⁶

Con la perspectiva de esta libre conciencia individual se enriquece el concepto de *paideia*, el ideal educativo y se va transformando el *ethos* de todos aquellos que intervienen en los procesos educativos. Porque consideran que la educación ya no solamente consiste en el desarrollo de ciertas capacidades, ni en la trasmisión de ciertos conocimientos; más bien se plantea como un medio en todo un proceso. Así la verdadera esencia de la educación consiste en poner al hombre en condiciones de alcanzar la verdadera meta de su vida, la felicidad, con el conocimiento del bien, la *Phronesis*,¹⁰⁷ que sólo puede ser alcanzada a lo largo de toda su vida; por lo que la enseñanza de la *paideia*, para Aristóteles, se convierte en la aspiración a una ordenación filosófica constante de la vida buena,

¹⁰⁵Eduardo Nicol. *Op.Cit.*, pp.15-46 y 302-337.

¹⁰⁶Werner Jaeger. *Op. Cit.*, p.263-302.

¹⁰⁷*Phronesis* (del griego: Φρόνησις) en la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles es la virtud del pensamiento moral, normalmente traducida como "sabiduría práctica", a veces también como "prudencia". A diferencia de la *Sofía*, la Frónesis es la habilidad para pensar cómo y por qué debemos actuar para cambiar las cosas, especialmente para cambiar nuestras vidas a mejor. Prudencia viene del latín "prudencia" y este del griego "phronesis". Este concepto lo introdujo Aristóteles en sus estudios de la ética. Su definición era "conciencia", o sea comprender la diferencia entre el bien y el mal. La palabra "phronesis" viene de "phroneo", que significa "comprender". También de providencia, ver antes, anticiparse. Obtenido de <<<http://es.wikipedia.org/wiki/Fr%C3%B3nesis>>> [Consulta, mayo 2010]

que se propone cumplir con el destino espiritual y moral del hombre: la *eudaimonia*. Es así, como la *paideia*, aspira a resolver con la mayor ambición el problema de la educación del hombre, para que surja un tipo superior de hombre, de cara a un nuevo orden del ser y del mundo.¹⁰⁸

Aristóteles, según Jonathan Barnes¹⁰⁹, pensaba que el nuevo orden implicaba alcanzar la excelencia humana, que es la *areté*, mediante el intelecto para ser un buen ser humano, para florecer, para hacer un éxito de la propia vida y así alcanzar la *eudaimonia* —felicidad—; que no se obtiene solamente del saber mismo, sino también, en la acción. El saber que proporciona el conocimiento de la ética, *ēthika*, que es el conocer las “cuestiones relacionadas con el carácter”, mediante el *ethos*; para poder ejercer las facultades intelectuales que definen la vida que enriquecen al alma, no sólo con el conocimiento del bien, sino también para hacerse hombres buenos y florecer haciendo las cosas de un modo excelente y así alcanzar la felicidad, desarrollando las virtudes y disposiciones que los llevarán hacia el valor, la generosidad, ecuanimidad, respeto a sí mismo, ingenio, conocimiento, buen juicio y el saber práctico.

Para poder alcanzar este *ethos*, en el pensamiento griego era necesaria la reflexión sobre la libertad individual o la libertad cívica, que forman parte de la manera ética de conducirse bien para practicar como es debido la libertad; y para llegar a este punto era necesario ocuparse de sí, cuidarse de sí, tanto para conocerse, como para formarse, para superarse a sí mismo, para dominar los apetitos negativos de nuestro carácter.¹¹⁰

Mucho tiempo después, la continuidad de la cultura griega conformó el ideal educativo romano, el cual se constituyó por: un

¹⁰⁸*Idem.*

¹⁰⁹Jonathan Barnes. *Aristóteles*. 2ª ed. Traducción de Marta Sansigre Vidal. Madrid: Cátedra, 1993. (Colección Teorema), pp.17-141.

¹¹⁰Michel Foucault. *Estética, ética y hermenéutica*. Traducción de Ángel Gabilondo. Barcelona: Paidós, 1999. pp. 275-415.

ideal ético aportado por la primitiva educación romana; el ideal intelectual, fruto sobre todo de la asimilación de la *paideia* griega a partir del periodo helenista y el ideal cristiano, consecuencia de la lenta pero progresiva cristianización del Imperio.¹¹¹

Roma adoptó la *paideia* helénica, como la expresión de una tradición universal, fundada en la naturaleza; en su espíritu científico y de libertad, en el amor al saber por el saber mismo, el afán de investigación y la confianza en la razón humana para descubrir la verdad en el mundo de los objetos y en el universo moral; la posibilidad del pensamiento abstracto y su tendencia a comparar y extraer conclusiones; el sentido del estilo y de la forma, la estimación por la sencillez y por la verdad.¹¹² La penetración de la cultura griega propició la asimilación de la retórica para enseñar el dominio elocuente de la *oratio*, que plantea de forma directa o indirecta el desarrollo de la *ratio* (cálculo), en los órdenes del contenido del discurso, o *sapientia* (parte de la sabiduría), y de la técnica del raciocinio, estructurada por la dialéctica cuyas reglas formaban el discurso y cuya enseñanza tenía como finalidad superar la división entre la palabra y el pensamiento, que sólo se puede lograr si el habla cuenta con saberes intelectuales propiamente dichos.

A medida que progresó el proceso de helenización de la cultura romana, se amplió el ideal de perfección humana con el ideal de *humanitas*, la cual representaba una manera de ser. A Catón¹¹³ se le atribuye el primer ideal de perfección de las *humanitas* romana del: *vir bonus dicendi peritus* (el hombre experto que bien dice), cuya aspiración de educación integral contenía el elemento intelectual que se adquiriría con el saber filosófico; el elemento filológico adquirido a

¹¹¹Javier Vergara. "El ideal de formación en la historia I", en GARCÍA Amilburu, María. *Claves de la filosofía de la educación*. Dykinson, 2003. pp. 87-169.

¹¹²Cfr. Antonio Fontán. *Humanismo romano*. Barcelona: Planeta, 1974. pp. 13-149.

¹¹³Marco Porcio Catón (Tusculum 234 a. C. - 149 a. C.) político, escritor y militar romano apodado El Censor (Censorius), Sapiens, Priscus o Major (El Viejo) para distinguirlo de su bisnieto Marco Porcio Catón el Joven.

través de la Retórica, y el elemento ético-técnico; adquirido a través de una vida éticamente valiosa y de una dedicación profesional técnicamente eficaz.¹¹⁴

Esta trilogía pedagógica alcanzó su expresión más acabada con el orador de Cicerón: un íntegro ciudadano romano –un *vir bonus*– que, por su originaria y singular firmeza de carácter [*virtus*] y su dilatada experiencia de la vida pública, sabe aplicar el *bene dicere* y el *bene sapere* a su actitud política y profesional [...], mostrando así que posee una formación plena y equilibrada.¹¹⁵

Por su parte, el pedagogo como tal o *paedagogorum custodia*, contemplaba la tarea de los padres y maestros. Quintiliano, cuya fama proviene de su *Institutio Oratoria* (c. 95 d. C.), y su obra defiende la formación íntegra del orador como ser humano y como hombre público, y que ejerció una gran influencia sobre la teoría pedagógica que sustenta el Humanismo y el Renacimiento. Describe al pedagogo como aquel que no se separaba del niño ni siquiera en la casa, y que a veces realizaba el papel de repetidor o *studiorum exactor*, ayudándole en los deberes o a estudiar la lección.¹¹⁶

Pero también en la aristocracia de las grandes familias romanas, en donde una parte de su tiempo libre *otium*, era ocupado para el estudio y cultivo de la retórica, utilizaban los servicios de un pedagogo, con un status totalmente diferente porque; “en las casas romanas de alto nivel, casi siempre había un filósofo, por supuesto griego, cuya presencia prestigiaba al dueño, al mismo tiempo que ocupaba los ocios con sus charlas, entretenía a las visitas cultas o simplemente “snobs” y servían para educar a los jóvenes”.¹¹⁷

¹¹⁴Javier Vergara. *Op. Cit.*, pp. 87-169.

¹¹⁵*Ibidem*, p.93.

¹¹⁶Ángel Castiñeira Fernández. *Op. Cit.*, pp. 7-32.

¹¹⁷Antonio Fotán. *Op. Cit.*, p.57.

Pasado mucho tiempo, con múltiples acontecimientos, los cuales no serán tema de estudio, aparece el cristianismo como filosofía que pertenece al plano de la Revelación, nace en la historia de la humanidad con una naturaleza esencialmente religiosa, con una intención de universalidad y una actitud de exclusividad, al presentarse como la única religión verdadera.

La educación cristiana se caracteriza por su carácter teocéntrico y más concretamente por el cristocéntrico, donde la meta fundamental del hombre es la restauración de la imagen divina en el hombre deteriorada por la caída o primer pecado. En este caso existe un proceso de perfeccionamiento que sólo cobra sentido bajo el doble supuesto de la realidad del pecado original y del hecho de la restauración de la naturaleza humana por Cristo.

El hombre por sí mismo, es radicalmente incapaz de recorrer el camino y de alcanzar la meta final que Dios le ha trazado. Al tratarse de la palabra de Dios, de algo revelado, manifiesto y acabado, el hombre por su propia limitación no puede agotar ni comprender en toda su extensión, la verdad que es plena y sustantiva, por lo que necesita del elemento de la fe, y así poder aceptar en toda su dimensión la *Cristopaideia*.¹¹⁸

Se desprende entonces según nos explica Javier Vergara,¹¹⁹ una propuesta de un nuevo formador moral o pedagogo como: formador moral del bautizado (el salvado del pecado original), la figura del Logos-Pedagogo llamado sucesivamente educador, experto, guía de una vida virtuosa, médico y fortalecedor del alma (curador de pasiones), modelo sin defecto, guía infalible y certero, persuasivo y no temible, etc., identificado como Jesús (hijo de Dios).

Es en este sentido para Clemente de Alejandría,¹²⁰ que la filosofía es definida como el estudio de la recta razón y el comportamiento

¹¹⁸ VERGARA, Javier. *Op. Cit.* p. 98

¹¹⁹ Javier Vergara. *Op. Cit.*, pp. 87-169.

¹²⁰ Titus Flavius Clemens, miembro de la Iglesia de Alejandría en el siglo II y uno de los más destacados maestros de dicha ciudad, Clemente escribió que el Logos

propio del cristiano, que es una actividad del alma racional inspirada en el buen juicio, y en el deseo de verdad; por lo que la vida de los cristianos tendría que ser un conjunto de acciones racionales, en la práctica perseverante que enseña el Logos, que se llama fe.¹²¹

Entonces, el Logos-Pedagogo cristiano encarnaría así, un nuevo ideal de existencia humana:

Pero, cuando Cristo es visto como el educador de la humanidad, es contrastado, por ello con todo el ideal griego de cultura, pues tal es el significado exacto de la palabra *paideía* que había alcanzado en el curso de su historia. El uso de la palabra <<pedagogo>>, en este sentido exaltada, indica que ya no significa el esclavo que en los siglos clásicos de Grecia tenía la función de llevar y traer al niño a la escuela, sino que está más cerca del significado filosófico que Platón dio a la palabra *paidagogeîn* en las Leyes, donde define de esta forma la relación de Dios con el mundo: <<Dios es el pedagogo de todo el mundo>> (Leyes X879b). Esta transformación del significado y rango de la palabra fue la consecuencia necesaria de la dignidad filosófica que Platón había dado al concepto de *paideía*. Y fue esta dignidad teológica platónica la que hizo posible que Clemente presentará a Cristo como pedagogo de todos los *hombres*.¹²²

Desde esta perspectiva, el Pedagogo hombre, simple mortal ya no puede ser más como tal, su quehacer es elevado a un rango divino, a un ser único e inalcanzable, sin embargo, el *ethos* pedagógico en su preocupación constante de perfeccionamiento humano, en búsqueda de un ideal en su ser y hacer, no desaparece y el *ethos* del pedagogo fue encarnado en otras personalidades como; el tutor, preceptor, maestro o filósofo cuya preocupación y continuidad se encontró presente en personalidades como: san Agustín, San Anselmo, Pedro Abelardo, Bernardo de Claraval, Hugo y Ricardo de San Víctor,

divino se ha presentado para despertar a todo lo bueno que existe en el alma humana y que a través de este despertar los humanos pueden alcanzar la inmortalidad. El *Paedagogus*, es obra en la cual se detalla el desarrollo de la ética cristiana.

¹²¹Angel Castiñeira. *Op. Cit.*, pp.7-32.

¹²²*Ibidem*, p.27.

Alberto Magno, Tomás de Aquino, San Buenaventura, entre muchos otros, como actores y artífices de un nuevo orden reflejado en la sublimación de una pedagogía más íntima, activa y racional, como germen de una naciente y nueva sensibilidad educativa.¹²³

Con todas las características antes mencionadas es como en la cultura medieval, según nos dice Joaquín Xirau¹²⁴ se cocina junto con esta pedagogía, un nuevo ideal de ser humano. Para este autor la cultura medieval poseía una rica y fina estructuración, un sistema de jerarquías reales que ordenaba de un modo perfecto las actividades humanas y canalizaba los esfuerzos individuales y colectivos. El hombre sabía perfectamente a qué atenerse respecto a su destino temporal y eterno. Su teología prudente y sabia, sistematizada por inspiración divina, confirmada por todas las ciencias humanas y por las más santas tradiciones, proporcionaba la seguridad de un Dios infinitamente bueno y providencial, en donde sólo tiene valor el hombre en cuanto cumple su misión. Cada cual tiene su tarea definida, su deber y su destino están condicionadas por ella. La personalidad humana por sí misma, nada significa ni vale nada. Una ley exterior se le impone y no tiene más que ajustarse a ella.

Hasta este momento, la conciencia individual y colectiva recibe, como depósito sagrado un tesoro de verdades precisas que se transmite cuidadosamente de generación en generación. Sólo al servicio de ellas adquiere la actividad del hombre plenitud y sentido. Toda la dignidad humana se halla en estricta dependencia de su capacidad de consagración. La unidad de la cultura y del espíritu tiene su garantía en la presencia del espíritu de Dios en el organismo viviente de la Iglesia militante, dirigida y orientada, por los representantes directos de Cristo en la tierra.

¹²³ VERGARA, Javier. *Op. Cit* p.104.

¹²⁴Cfr. Joaquín Xirau. *Obras completas. Escritos sobre educación y sobre el humanismo hispánico*. Madrid: Fundación Caja Madrid, 1998. Vol. II. (Colección Pensadores Españoles Modernos), pp. 213-529.

Pero sabemos que la perfección de este periodo histórico no es real a pesar de quien nos lo refiere. Porque de ser así, no tendría caso ningún tipo de búsqueda ni anhelo de perfeccionamiento humano ante un destino dado e inamovible. Porque el espíritu humano, sujeto durante largo tiempo a toda suerte de jerarquías, se vuelve contra ellas y rompe los moldes que lo sujetan. Y es por eso que renace en la conciencia humana, su afán creador de la cultura, la afirmación de su libertad frente a la autoridad, basándose en su independencia, en la experiencia y en la razón. Es en este momento cuando en el *ethos* humano se hace presente la aspiración de poner la naturaleza al servicio del hombre y de orientar de un modo racional la conducta humana en la vida individual y colectiva. Donde es preciso llegar al conocimiento de la naturaleza y del hombre para alcanzar el dominio de aquélla y establecer sobre la tierra el reino de la Humanidad.

El Renacimiento es un despertar de gloria, el espíritu humano rompe los moldes que lo contenían y surge de las ruinas como una pura llamarada; contra toda autoridad filosófica, política o religiosa, la conciencia humana independiente y libre se erige en única e inapelable autoridad. Es por esto que para el hombre del humanismo, le era ajeno aquel que vivía en armonía con la naturaleza y con sus semejantes, en el seno de unas instituciones cuya tutela no ponía en tela de juicio.

La palabra humanismo recobra su aceptación más auténtica y originaria, aquella en que la usaron los romanos a partir de Cicerón y sobre todo Séneca, para traducir la voz griega <<filantropía>>, es decir, amor al hombre. En este sentido lo humano se opone a lo inhumano. La humanidad es aquel sentimiento propio de los hombres <<cultos>> -en esto sólo en esto puede consistir su <<cultura>>- mediante el cual mira el hombre como socios a todos los individuos del género humano y no ignora que, de acuerdo con la unidad de su naturaleza, ha

nacido para comunicarse con todos y no puede eludir, sin violar las leyes de la naturaleza, atender y beneficiar a los demás.¹²⁵

El espíritu humano creador de toda cultura es, desde este momento, juez supremo de la cultura. Pero en el orden político, social y pedagógico, la absoluta libertad, el individualismo puro, es la absoluta anarquía, el choque de las fuerzas individuales en presencia que dan como resultado: la contraposición de los intereses y deseos individuales produciendo naturalmente una lucha en la que el más fuerte vence y manda.

Ahora se engendra en el hombre una pasión por poseer y un sentimiento de ambición que alimenta a su vez la carrera del poder. El interés prolifera desbordando los límites de la necesidad natural, contaminando rápidamente todo el tejido social.¹²⁶

Y es a partir de esta forma de pensamiento que aparece la Ilustración, como un movimiento cultural que tenía como finalidad disipar las tinieblas en las que se encontraba la humanidad mediante las luces de la razón. Y en este contexto, la educación se enlaza con las necesidades políticas y económicas de una nueva clase social —la burguesía—, que rechazaba toda herencia de la tradición nobiliaria y todos los esquemas de las monarquías absolutas.¹²⁷ Por esta razón para Jean-Jacques Rousseau, el reinado de la pura fuerza, representado por la monarquía absoluta, se contraponía al descubrimiento de la personalidad humana a su máxima dignificación y a su libertad como alto valor. Para él, la realidad humana será en adelante un proceso esencialmente educativo que requiere una reconstrucción de la humanidad sobre la base del interés que cada uno tiene en ella, y la educación será con el *Emilio*: como “tratado

¹²⁵ *Ibidem*, pp. 523-524.

¹²⁶ *Cfr.* Michel Soëtard. “Jean-Jacques Rousseau”, en *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada*. París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación), vol. XXIV, nos 3-4, 1994, págs.435-448. <<<http://www.ibe.unesco.org/publications/ThinkersPdf/rousseauus.PDF>>> [Consulta: enero 2010], pp. 1-11.

¹²⁷ *Cfr.* Antoni J. Colom Cañellas. *Op. Cit.*, pp. 11-20.

sobre la bondad original del hombre, destinado a mostrar cómo el vicio y el error, extraños a su constitución, se introducen en ella desde el exterior y la alteran insensiblemente...”,¹²⁸ una forma de acción específica que provoca el encuentro del deseo (natural) y de la Ley (establecida) de tal manera que el *homo educandus* se construya su propia ley, se vuelva en el sentido etimológico del término, autónomo.

En otras palabras, la idea de educación, lejos de dar una nueva ideología, no cesa de arraigarse en la condición contradictoria del hombre. La obra de Rousseau y, sobre todo, el *Emilio*, es efectivamente un punto donde se enfrentan las grandes corrientes y contracorrientes de la época, las mismas que no han cesado de labrar en profundidad el pensamiento occidental desde sus orígenes platónicos-cristianos. Necesidad y libertad, corazón y razón, individuo y Estado, conocimiento y experiencia: términos de estas antinomias que se nutren en el *Emilio*, publicado en 1762. Rousseau sigue siendo un hijo del Siglo de las Luces, pero el racionalismo convive abiertamente con el adversario de siempre, ese contra Platón y Descartes habían erigido su sistema de pensamiento: el yo sensible que afirma su propia verdad en la autenticidad de una existencia coherente consigo misma. Así, la educación será para Rousseau el arte de organizar los contrarios en la perspectiva del desarrollo de la libertad autónoma.¹²⁹

A pesar de lo apasionada y fervorosa que pueda ser la ficción novelesca que escenifica la reflexión pedagógica del *Emilio*, definitivamente no es un proyecto educativo que pueda llevarse a la realidad, sino más bien es una de las formas que hay que dar a la acción pedagógica en sí; y la pauta que nos muestra el cultivo de la espontaneidad del ser a educar, el respeto a su personalidad inviolable, y el fomento de sus fuerzas vitales más íntimas.¹³⁰

Por lo que el *ethos* de Rousseau, como pedagogo, va más allá de los límites de la institución escolar o familiar y de una manera

¹²⁸Michel Soëtard. *Op. Cit.*, p. 4.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 3.

¹³⁰ XIRAU, Joaquín. *Op. Cit.*, pp. 370-375.

general, de la institución social, es la búsqueda de una forma de acción que permita que el hombre sea liberado a pesar de la mutilación que la sociedad produce en su yo sensible.

Con esta forma de pensamiento y como parte de los ilustrados que comparten el objetivo de desarrollar en el ser a educar una autonomía de juicio, la idea de enseñar a pensar en vez de enseñar pensamientos hechos, Rousseau ejerce una significativa influencia en la teoría de la educación de Immanuel Kant. Sus reflexiones sobre educación y la pedagogía muestran un profundo conocimiento del mundo y de la vida, así como la absoluta convicción de que la educación debe ordenarse para mejorarlos.¹³¹

La educación permite que el hombre se arme de principios con los cuales guiar a la razón en la vida cotidiana. Kant piensa que el hombre sólo se acerca a la perfección por la educación y es partidario del hombre integral, su absoluta confianza en la razón humana y en la independencia y capacidad de autocontrol a que el hombre puede llegar cultivándola.¹³² “Únicamente por la educación el hombre puede llegar a ser hombre. No es, sino lo que la educación le hace ser”.¹³³

Para Kant existe una estrecha relación entre la educación y la naturaleza humana, por eso la educación se desarrolla en un continuo de virtud del cual se concibe como un arte en el que cada generación educa a otra y mejora lo hecho por la generación precedente. “Es probable que la educación vaya mejorándose constantemente, y que cada generación dé un paso hacia la perfección de la naturaleza humana.”¹³⁴ Para él, el hombre educado es culto y refinado, racionalmente independiente y capaz de autorregular su conducta por la sola aplicación de las reglas

¹³¹Fraño. Fraño Paukner Nogués. “La pedagogía en Kant. Una exégesis de su libro Pedagogía”. A Parte Rei 52. Julio, 2007. *Revista de Filosofía*. <<<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/Paukner52.pdf>>> [Consulta: enero, 2010] p. 1-4.

¹³² *Idem*.

¹³³Immanuel Kant. *Pedagogía*. Traducción de Lorenzo Luzuriaga y José Luis Pascual. Madrid: Akal, 2003. pp.31.

¹³⁴*Ibidem*, pp. 32.

generales, esto es principios y máximas, cuya última referencia es la razón.

El hombre es siempre de buen corazón, es demasiado bueno para hacer algo malo. El bien es considerado en el corazón solamente como algo sensorial o físicamente bueno; pero el mismo hombre puede hacer, sin mayores reparos, algo moralmente malo. Un hombre bondadoso no castiga de buen grado, sí realiza buenas acciones con gusto; pero tal vez miente y se pone del lado del miserable que no tiene razón.¹³⁵

También dice que, el hombre no es por naturaleza un ser moral, pero que llega a serlo cuando eleva su razón al deber y a la ley, y esto se logra modelando el carácter a través del principio del *sustine et abstine*, es decir, por el cultivo de la virtud y de la tenacidad.

Es muy pernicioso pretender desarrollar el buen corazón antes que el buen carácter. [...] Primero, formar un carácter; después, un buen carácter. Lo primero se lleva con la práctica, proponiéndoselo firmemente y adoptando algunas máximas emanadas de la reflexión. En el carácter del hombre debe hallarse un germen de cada bien, de otro modo nadie podrá hacerle salir. [...] El carácter significa que la persona deduce la regla de sus acciones a partir de sí mismos y de la dignidad del género humano.¹³⁶

Sin duda Kant no fue un pedagogo, pero el *ethos* que a éste corresponde, se debe a su trabajo por una filosofía de la pedagogía y a su preocupación en la formación del hombre por medio de la educación.

Lo que nos heredó la pedagogía de Kant y muchos otros después que él y que a su vez enriquece nuestro *ethos*, es la capacidad que desarrollaron para mostrarnos como podemos llevar a cabo el cultivo

¹³⁵*Ibidem*, p. 105.

¹³⁶*Ibidem*, pp. 105-106.

de la espontaneidad del ser a educar, el respeto a su personalidad inviolable, y el fomento de sus fuerzas vitales más íntimas, que ha llegado a ser en la contemporaneidad una convicción casi unánime.¹³⁷

Para el pedagogo, el ser a educar ha dejado de ser la tabla de cera en que se estampa el sello estereotipado de unas fórmulas acabadas y definitivas, para él, la educación es un trabajo de íntima colaboración que cultiva en su totalidad la personalidad del individuo, espontánea y viva; por lo que es preciso recoger y robustecer todas sus fuerzas vitales y cultivar de un modo activo y respetuoso todas sus energías espirituales y físicas. Se trata de vivificarlo, de llevar lo que es germen en potencia a sus más enérgicos desarrollos. Por consiguiente la educación, debe hacer al individuo más bueno, más fuerte, más inteligente, ágil de espíritu y de cuerpo, lleno de interés por las cosas bellas y justas, capaz de las más altas empresas y de las más nobles idealidades, dotándole de una personalidad robusta y firme.

La ideología pedagógica concreta va, pues unida a una concepción general ética, jurídica, sociológica y política, y ésta a su vez depende de la concepción total del mundo y de la vida. A una nueva concepción del mundo corresponde una nueva concepción social y pedagógica y una transformación en la conducta y en la organización de las instituciones hasta en sus detalles más nimios.¹³⁸

Así, la nueva orientación del *ethos* del pedagogo va unida a la contemporánea concepción del mundo humanista y racionalista, subjetivista y relativista, que enriquece su visión del mundo en la comprensión del otro y de sí.

¹³⁷Joaquín Xirau. *Op. Cit.*, pp. 370-375.

¹³⁸ *Ibidem* p.371.

3.2 La conformación del criterio del *ethos* del pedagogo

La Pedagogía y ser pedagogo no es algo para desheredados, para cierto tipo de personas e incluso soñadores, que además se recluyen en la escuela. La Pedagogía es la ciencia de la educación y el pedagogo el profesional que genera escenarios de ayuda para participar cada uno en la mejora de las experiencias/vivencias, que provoquen mejores situaciones de perfeccionamiento. Y todo esto, tiene sus racionalidades, sus comprobaciones y sus contrapruebas, y sus campos de incertidumbre y de indagación.

José Ángel López Herrerías
Tratado de Pedagogía general

Hasta aquí queda confirmado que el *ethos* del pedagogo se conforma a partir de la educación vital y social del individuo, que es el proceso por el cual adquirimos determinadas formas de ser y de actuar abrazados a un ideal. El *ethos* se considera la estructura orientadora que contiene las impresiones y experiencias que nos proporciona nuestra constitución biológica así como la comprensión de los que nos rodea a través de nuestros sentimientos y pensamientos. Esta estructura se va construyendo desde un inicio, en contacto con los otros, desde donde recibimos ciertas costumbres que nos marcan las pautas de comportamiento en nuestro diario vivir, las cuales vamos adquiriendo para responder a un determinado grupo social, que nos indica lo que es adecuado o inadecuado, lo que nos puede proporcionar aceptación e incluso prestigio o llevarnos hacia el rechazo y la vergüenza.

Sin embargo, este proceso no es, como podría pensarse, el sólo actuar bien o mal, pues la acción humana en la búsqueda de la perfección en el actuar. No es más que el bienestar propio, y que llamamos felicidad, y no siempre tiene tales extremos. La mayoría de las veces esta búsqueda se encuentra llena de claro-oscuros, que

dependen de lo que cada uno entienda por felicidad y los caminos que decida para alcanzarla.

Situación que como cualquier otra que se pueda presentar, pone en evidencia que cualquier acto de elección lleva consigo un lado positivo y uno negativo, pero aún así, toda decisión —o al menos en su gran mayoría—, se asume en la búsqueda de lo mejor, de lo que se acerca a nuestro ideal de logro y beneficio. Y es aquí, en esta búsqueda, como me atrevo a pensar y desear un criterio sobre la conformación del *ethos* del pedagogo optimista y positivo en constante perfeccionamiento como resultado de un acto de libre elección —hasta donde puede ser posible—, hacia el bien, lo mejor, lo adecuado, en este constante acercamiento a mi ideal profesional.

Es en este sentido, en el que mi criterio sobre la conformación del *ethos* profesional del pedagogo, como ser humano y ético se fundamenta; que es visto desde la perspectiva del conocerse a sí mismo, de cuidarse y crecer de manera tal que nuestra personalidad, nuestro *ethos* se desborde y brote de nosotros hacia la generosidad, la responsabilidad y el actuar adecuado, con una prolijidad sin esfuerzo, casi sin sentir, como el mismo respirar y vivir, encaminándonos hacia la felicidad.

Pero la felicidad, no como abstracción, sino como la sensibilización a la aceptación de las propias potencialidades en el logro de una existencia madura, de un desarrollo gratificante de las capacidades y talentos individuales, como meta de una existencia verdaderamente mejor y verdaderamente digna, en cuanto más gozosa y satisfactoria. Porque en la búsqueda de este ideal de constante perfeccionamiento tienen que estar contenidas de igual forma las situaciones felices como placenteras, en el quehacer profesional que se presupone un estado en cierto modo superior de la organización social y en el cual, como profesional de la pedagogía se desea habitar.

Es por estas razones que, el *ethos* del pedagogo, como estructura orientadora hacia el bien ser y hacer profesional, forma parte de la experiencia humana siempre sugerente y enigmática, donde se forma la imagen personal elaborada, y que de ninguna manera es independiente, desligada o de absoluto valor personal, sino como resultado de nuestros encuentros con los demás; de todas las facetas de nuestro vivir, del resultado cambiante de nuestras interacciones.

Porque la vida es una posibilidad radicalmente compatible, y sólo se experimenta como tal, si cada uno ocupa su lugar simbólico de autoafirmación, desde, y con los demás, lo que consiste en vivir adecuadamente la experiencia personal, y eso también es lo que el pedagogo tiene que animar desde su ejercicio profesional. En este constante balanceo interpersonal, que consiste el vivir humano, la acción pedagógica en cuanto acto profesionalizado de participación para hacernos con los otros, personas valiosas, es una referencia clave; pues en cuanto modelo y en cuanto impacto, la presencia del pedagogo no puede ser cualquier presencia. Pues toda actividad pedagógica, está envuelta en el contexto de la relación intersubjetiva de toda construcción humana que se concreta ineludible e inexcusablemente en el foro del encuentro con los demás, con la lengua que hablamos, las caricias que necesitemos, y en los diálogos que manifestamos. Así, la tarea pedagógica, como intento de prolongación y actualización de posibilidades, no puede ser una excepción.

La relación que establece el pedagogo, como sentimiento de la experiencia de convivencia, se conoce como empatía, que se da en la auténtica relación, la que nace del respeto y en la que el yo acepta y convive con el yo del tú, sin pretender ningún tipo de dominio, control o reducción. Es la capacidad de ver a una persona como es, al otro como otro yo, irreductible, incontrolable, no manipulable, no como yo necesito que sea; se acepta al otro aunque no piense como yo, en la dialéctica de la aceptación respetuosa.

Más aún, en el campo del pedagogo donde indiscutiblemente se trabaja dialécticamente y comunicativamente con individuos, grupos y comunidades, es donde se encuentran las circunstancias vitales más abundantes en cuanto repercusión psicológica, social y cultural. La familia, la escuela, los amigos, el mundo laboral, son grupos por medio de los cuales vivimos y el complejo mundo de experiencias que articulan y configuran los diferentes aspectos de la personalidad en una cultura concreta. El grupo es un conjunto de personas cohesionado en torno a unos objetivos y la cohesión de todo grupo en torno a sus objetivos depende de la figura del pedagogo.

El pedagogo, de acuerdo a la figura descrita anteriormente funge como autoridad moral, emana credibilidad, ejemplo y capacidad de animación de la persona que se coloca al frente de un grupo y se manifiesta cuando en un determinado contexto y las personas realizan las tareas participantes de manera directa, responsable y autónoma.

La dimensión y actitud clave del pedagogo como autoridad moral, consiste en desarrollar personas y se afirma en un requisito indispensable como fuente de motivación y de compromiso, con una visión positiva del futuro. El pedagogo guía de las personas y de los grupos con los que trabaja, puede realizar la compleja tarea de implicar participativamente, —si sabe provocar a quienes aprenden, desde cualquier circunstancia y situación—, que el mañana es positivo.

Porque en el desarrollo de las personas, en la propia visión positiva del futuro se hace fácil que ellas mismas participen y se comprometan en aquello que ellas deciden como nuevas experiencias y aprendizajes. Los proyectos pedagógicos son participativos y sólo desde la participación y el compromiso de todo pedagogo al realizar dicho proyecto, se concreta y se consigue que éste sea realmente, educativo, participativo y animador de las personas.

El pedagogo, capaz de provocar esos procesos indicativos, se basa en una adecuada capacidad de relación que se manifiesta al estar y hacer con los demás de una manera sugerente y animosa. Y el actuar como guía no tiene porque verse, ni vivirse, como una excepcionalidad imposible y lejana, es un aprendizaje; es una exigencia cultural, y desde luego imprescindible, para hacer algo con los demás, para ser pedagogo.

Entre las características personales del pedagogo, siempre deseables y como acercamiento al perfil de las habilidades alcanzables podemos mencionar la visión, la pasión, la integridad y la curiosidad.

Desde este punto de vista, se sitúan algunas de las cualidades que conforman el *ethos* del pedagogo como deseables, a nivel personal, pero también existe una visión sociológica, que sugiere cualidades deseables en la acción profesional de todo pedagogo en normas escritas, que en su conjunto son llamadas códigos deontológicos y que cumplen básicamente una función de pretensión de legitimación, de búsqueda de prestigio y confianza social. Estas normas se representan como mecanismos de manifestación pública de capacidad autorregulativa, que colaboran a las aspiraciones de profesionalización de las ocupaciones.

Pero desde un punto de vista muy particular, considero que los códigos deontológicos sirven muy bien, como un conjunto de opiniones en las que se puede considerar o no la mejor manera llevar a cabo el quehacer del pedagogo, y que pueden ser vistos como deseos de acciones adecuadas, elaboradas por aquellos preocupados por el perfeccionamiento del profesional de la pedagogía. Como conocimiento elaborado, que puede ser criticado o no, y que no niega el aporte que pueda tener para enriquecer nuestras particulares e irrepetibles forma de ver al mundo. Sin embargo, qué tanto afecta esta pretensión regulativa, a la idea de

ethos profesional, de nuestro actuar ético, como capacidad de decisión autónoma y responsable.

Creo que como pedagogos asumimos que, aprendiendo a estimar y a conocer por penoso y largo que sea el proceso, podemos distinguir las acciones inadecuadas que presenta todo proceso educativo. También creo, que todo pedagogo consciente de su vocación, de la libertad que adquiere al elegir sus actos y responder por ellos, a su actitud de servicio, de guía y confortador, y más, no necesita de un deber ser coercitivo. Más bien, necesita conocerse a sí mismo, admitir sus debilidades y estar dispuesto a superarlas. Así mismo, debe buscar sus virtudes y compartirlas y hacer de su trabajo una actividad inherente a su vida, un hábito placentero, responsable y profesional.

Por esto se afirma que el *ethos* del pedagogo, actúa el comprometido ser humano hacia el perfeccionamiento del individuo con posibilidades de realización, abierto al mundo, que requiere hacerse y exige de alguna manera ideal, terminarse. Por lo tanto su conformación es una constante búsqueda y un constante esfuerzo personal y grupal y que este criterio no lo agota ni apenas tampoco lo describe, sino más bien es un intento para explicar una de las tantas aristas de su personalidad.

CONCLUSIÓN

Cuando tratamos de entender el significado de una palabra en un idioma distinto al nuestro, nos cuesta trabajo encontrar el sentido en el que son usadas, y en el proceso de traducción a veces su esencia, queda incompleta. Se complica más el asunto, cuando tratamos de entender palabras de un tiempo y un lugar ajeno al que vivimos. Tratamos de recuperar las palabras antiguas como si fueran maravillosas esculturas modificadas por el tiempo, y sólo nos queda imaginar, lo bellas que lucían cuando tenían un uso cotidiano.

Los mismo pasa con la palabra *ethos*, en el esfuerzo por entender y recuperar tan sólo algo de su esencia, nos auxiliamos de palabras conocidas, lo más cercano posible a lo que nos explique su significado en un contexto de tiempo y espacio diferente. En este esfuerzo de entendimiento, se le suma lo que se puede entender del conocimiento sobre el estudio de la conformación de la mente y en donde se considera está contenida el alma del hombre. Y en este sentido aún cuando las teorías al respecto van y vienen, las bases que se proponen las tomamos como ciertas, porque de alguna manera están ahí, para tratar de explicar la conformación del modo de ser de cada uno de nosotros, y que le damos el nombre de carácter.

Así el *ethos* en tanto carácter, del modo de ser humano, abarca apetitos, querencias y deseos, pero no en un sentido de inmediatez física, sino de aquellos, que al sentirse como posibles de cumplir y satisfacer, nos lleven a sentirnos bien con nosotros mismos, de lo que somos y hacemos. Es por eso que el *ethos*, al tener una relación estrecha con nuestro carácter ético, refleja nuestra satisfacción en nuestro ser y también nuestra personalidad hacia los demás.

Y en este sentido el ser un profesional en la mayoría de los casos, es uno de los roles sociales de mayor prestigio, el que nos da un status y nos dice "que somos alguien". Sabemos de antemano que la

profesión es un anhelo en el cumplimiento de nuestra vocación. Pero esto en el sinuoso camino de la vida, al no llevarse a cabo con total convicción, con vocación y dedicación. Se puede transformar más bien en una pesada carga, una obligación a cumplir, que en un ser desde nuestras entrañas, en un hacer profesional con amor y lealtad, que parte de la visión que tenemos del mundo y de nuestra relación con los demás, convirtiéndose en un para sí mismo, regresando a ser y hacer para los que nos rodean.

El *ethos* profesional trata de eso, de ser realmente lo que se quiere ser, escuchando nuestra alma, despertándola del letargo del "no puedo" y de la censura del "tener para ser". Cuando despertamos, valoramos y elegimos nuestro propio camino, la ética en nuestra profesión es un habitar coherente con un destino elegido en el cual hemos aprendido a respetar nuestras decisiones y nuestros sentimientos. La luz que invade este respeto, ilumina nuestro hacer profesional, nos capacita para guiar desde nuestras habilidades a todo aquel que solicita nuestros servicios.

Como sabemos bien, el actuar, del *ethos* del pedagogo, responde a necesidades de educación humana, en su constante esfuerzo de análisis, reflexión, crítica y propuesta de saberes y conocimientos sociales. Y que para llevar a cabo esta labor se requiere que el pedagogo contenga ciertas características personales, pero sobre todo de un intenso deseo interior de ser y hacer para los demás, porque sólo él se encuentra convencido de aquello que debe hacer para encontrar el mayor beneficio en su actuar hacia y para los demás, encontrando al mismo tiempo el propio.

Es por esto, que la conformación del *ethos* del pedagogo, es en primer lugar el *ethos* de lo humano en él, el ser vivo con pasiones y necesidades, capaz de construir un ideal de vida y de una actividad socialmente productiva mediante una profesión.

La conformación de un criterio sobre el *ethos* del pedagogo no es sencilla, porque la historia al respecto no es muy clara. Pero al final, lo que realmente nos compete, es el esfuerzo por encontrar las formas necesarias para llevar a cabo la concreción del ideal educativo de perfeccionamiento humano, que se busca, este siempre presente, porque cada vez se hace sentir con angustiante apremio el hacerlo más humano, y ahora más que nunca la responsabilidad de llevarlo a cabo es ineludible del profesional de la educación, EL PEDAGOGO.

FUENTES DE CONSULTA

Libros

- Agustín Basave Fernández Del Valle. *Filosofía del hombre. Fundamentos de antroposofía metafísica*. Prólogo de Michele Federico Sciacca. México: Fondo de Cultura Económica, 1957. 320 pp.
- Alberto Constante y Leticia Flores Farfán (Coord.) *Filosofía y psicoanálisis*. México: Facultad de Filosofía y Letras UNAM, 2006. 273 pp.
- Imprescindibles de la ética y la política (siglo V a.c. – siglo XIX d.c.)*. México: Facultad de Filosofía y Letras UNAM, 2006. 270 pp.
- Alfredo Carluccio. *Filosofía y psicoanálisis*. Buenos Aires: Lugar, 2005. 127 pp.
- Ana Delia Levin de Said. *El sostén del ser*. Buenos Aires: Paidós, 2004. 240 pp.
- Ángel Castiñeira Fernández. "introducción" en Clemente de Alejandría. *El pedagogo*. Traducción de Joan Sariol Díaz. Madrid: Gredos, 1998. pp.7-32. (Biblioteca Clásica Gredos, 118)
- Antoni J Colom Cañellas. *Teoría y metateoría de la educación*. Un enfoque a la teoría general de sistemas. México: Trillas, 1982. 229 pp.
- Antonio Fontán. *Humanismo romano*. Barcelona: Planeta, 1974. 338 pp.
- Aquiles Chichu (Coord.). *El ethos en un mundo secular*. Introducción de Martín Mora Ledesma. México: UAM, Unidad Iztapalapa, 1991. 147 pp.
- Aquiles Menéndez. *Ética profesional*. México: Herrero hnos., 1962. 281 pp.
- Aristóteles. *Magna Moralia*. Traducción de Patricio de Azcárate. Buenos Aires: Losada, 2004. 180 pp.
- Arthur Schopenhauer. *Metafísica de la costumbres*. Edición de Roberto R. Aramayo. Madrid: Trotta, 2001. 203 pp.
- Augusto Hortal. *Ética de las profesiones*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 1994. 199 pp.

- Carlos Gurméndez. *Crítica de la pasión pura (1)*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1989. 236 pp.
- Carl Gustav Jung. *Realidad del alma. Aplicación y progreso de la nueva psicología*. Traducción de Fernando Vela y Felipe Jiménez de Asúa. Buenos Aires: Losada, 2005. 232pp. (Biblioteca de Obras Maestras del pensamiento)
- Carlos Mondragón. (Coord.) *Concepciones de ser humano*. México: Paidós, 2002. 255 pp.
- Edmundo Escobar Peñaloza. *Introducción a la pedagogía contemporánea*. México: Porrúa, 1975. 199 pp.
- Eduard Punset. *El alma está en el cerebro: radiografía de la máquina de pensar*. México: Aguilar, 2007. 342 pp.
- Eduardo Nicol. *La idea de hombre*. Prólogo M. T. Padilla Longoria. México: Herder, 2004. 493 pp.
- Emerich Coreth. *¿Qué es el hombre? Esquema de una antropología filosófica*. Traducción de Claudio Gancho. Barcelona: Herder, 1976. 268 pp.
- Emilio Barrantes. *Pedagogía*. 4ª edición. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1963. 229 pp.
- Enrique Loffreda. *Ética y psicoanálisis*. Buenos Aires: Lugar, 1999. 129 pp.
- Enrique Zamorano García. *Ética profesional*. México: Instituto de Contadores Públicos, 2003. 229 pp.
- Erich Fromm. *Ética y psicoanálisis*. Traducción de Heriberto F. Morck. Revisión de Juan Ramón de la Fuente. México: Fondo de Cultura Económica, 1985. 257 pp.
- Psicoanálisis de la sociedad contemporánea: Hacia una sociedad sana*. Traducción de Florentino M. Torner. Revisión de Juan Ramón de la Fuente. México: Fondo de Cultura Económica, 1956. 308 pp. (Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis)
- Erwin Rohde. *Psique, la idea de alma y la inmortalidad entre los griegos*. Traducción de Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica, 1948. 368 pp.
- Esperanza Guisán. *Manifiesto hedonista*. Barcelona: Anthropos, 1990. 141 pp. (Pensamiento Crítico/Pensamiento Utópico)
- Razón y pasión en la ética contemporánea*. Prólogo de José Ferrater Mora. Barcelona: Anthropos, 1986. 362 p.
- Francesc Torralba Rosello. *El arte de saber escuchar*. Traducción de Ramón Sala Gili. Lleida: Milenio, 2007. 198 pp.
- Francisco Altarejos, et al. *Ética docente. Elementos para una deontología profesional*. Barcelona: Ariel, 1998. 184 pp.

- Hennig Jensen (Coord.) *Teoría crítica del sujeto. Ensayos sobre el psicoanálisis y materialismo histórico*. México: Siglo XXI, 1986. 202 pp.
- Honorio Delgado *La personalidad y el carácter*. Madrid: Científico-Médica, 1953. 183 pp.
- Immanuel Kant. *Pedagogía*. Traducción de Lorenzo Luzuriaga y José Luis Pascual. Madrid: Akal, 2003. 112 pp.
- Reflexiones sobre filosofía moral*. Traducción de José G. Santos Herceg. Salamanca: Sígueme, 2004. 253 pp.
- Jalil Gibrán Gibrán. *Obras selectas*. Traducción de Leonardo S. Kaím. México: Romero, 1985. 859 pp.
- El profeta*. Traducción de José Manuel Vergara. Barcelona: Pomaire, 1976. 132 pp.
- Joaquín Xirau. *Obras completas. Escritos sobre educación y sobre el humanismo hispánico*. Madrid: Fundación Caja Madrid, 1998. Vol. II. (Colección Pensadores Españoles Modernos)
- Jonathan Barnes. *Aristóteles*. 2ª ed. Traducción de Marta Sansigre Vidal. Madrid: Cátedra, 1993. 159 pp. (Colección Teorema)
- José Ángel López Herrerías. *Tratado de pedagogía general. La educación de la complejidad humana*. Madrid: Playor, 1996. 366 pp.
- José Ferrater Mora. *El ser y el sentido*. Madrid: Revista de Occidente, 1967. 323 pp.
- José Vasconcelos "De Robinson a Odiseo", en Genaro Fernández Mac Gregor. *Vasconcelos*. México: SEP, 1942. p.p. 3-84.
- Juan Manuel García de Alba. *Ética profesional, parte fundamental*. Morelia: AMIESIC, 1998. 270 pp.
- Juliana González y Lizbeth Sagols (Coord.) *El ethos del filósofo*. México: UNAM, Seminario de Metafísica, Facultad de Filosofía y Letras, 2002. 269 pp.
- Juliana González. *El ethos, destino del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996. 163 pp.
- K. Campbell. *Cuerpo y mente*. Traducción de Susana Marín. México: UNAM, 1987. 154 pp. (Colección Filosofía Contemporánea)
- Lorenzo Luzuriaga. *Pedagogía*. 7ª ed. Buenos Aires: Losada, 1963. 331 pp.
- Luis Eduardo Hoyos, (ed.). *Relativismo y racionalidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Filosofía, 2005. 425 pp.

- M. Debesse y G. Mialaret . *Historia de la pedagogía*. Barcelona: oikos-tau, 1973. Vol. I. (Tratado de ciencias pedagógicas)
- María García Amilburu. *Claves de la filosofía de la educación*. Madrid: Dykinson, 2003. 346 pp.
- María Martina Casullo, et al. "Génesis y consolidación del proyecto de vida", en. *Proyecto de vida y decisión vocacional*. Buenos Aires: Paidós, 1994. pp. 12-30.
- Michel Foucault. *Estética, ética y hermenéutica*. Traducción de Ángel Gabilondo. Barcelona: Paidós, 1999. 474 pp.
- Tecnologías del yo*. Introducción de Miguel Morey. Traducción de Mercedes Allende Salazar. Barcelona: Paidós, 1990. 150 pp.
- N. Abbagnano y A. Visalberghi. *Historia de la pedagogía*. Traducción de Jorge Hernández Campos. México: Fondo de Cultura Económica, 1995. 709 pp.
- Nora María Berumen de los Santos, et al. *Ética del ejercicio profesional*. México: Compañía Editorial Continental, 2001. Universidad Autónoma de Nuevo León. 142 pp. (Colección Estudios Generales)
- Paul Ricoeur. "Previsión económica y Opción ética" en *Historia y verdad*. Traducción de Alonso Ortiz García. 3ª ed. Madrid: Encuentro, 1990. pp. 264-277.
- Pedro Laín Entralgo. *Cuerpo y alma. Estructura dinámica del cuerpo humano*. Madrid: Espasa-Calpe, 1991. 299 pp.
- Platón. *Diálogos*. México: CONCEPTO, 1978. 459 pp.
- Richar J. Leider y David Shapiro. *El trabajo ideal*. Traducción de Marta Pino Moreno. Barcelona: Paidós, 2002. 211 pp.
- Robert Waelder (ed.) *El pensamiento vivo de Freud*. Traducción de Felipe Jiménez de Asua. Buenos Aires: Losada, 1965. 210 pp.
- Santiago Segura Munguía. *Diccionario por las raíces del latín y de las voces derivadas*. España: Universidad de Deusto, 2006. 1317 pp.
- Sigmund Freud. *El malestar en la cultura y otros ensayos*. Madrid: Alianza, 1999. 259 pp.
- Úrsula Wolf. *La filosofía y la cuestión de la vida buena*. Prólogo Margarita Boladeras. Madrid: Síntesis, 2002. 223 pp.
- Victoria Camps. *Historia de la ética*. Barcelona: Crítica, 1988, Vol. I.
- Werner Jaeger. *Paideia: los ideales de la cultura griega*. Traducción de Joaquín Xirau. México: Fondo de Cultura Económica, 1957. 1151 pp.

Revistas

Benito Guillén Niemeyer. "El oficio del pedagogo" en *Paedagogium*, Núm.12, julio-agosto2002: pp. 7-10.

Páginas Electrónicas

Ana Ma. del Pilar Martínez Hernández. "Pedagogía, Disciplina, Profesión y Pasión", en *Paedagogium* <<<http://www.paedagogium.com/Numeros Anteriores /treinta /07.html>>> [Consulta: enero 2010]

Consejo General de los Colegios Oficiales de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de España. *Código deontológico de los profesionales de la educación*. Oviedo, enero1996.

<< http://www.consejogeneralcdl.es/cod_deon.html>> .

[Consulta: enero, 2010]

Diccionario soviético de filosofía Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo 1965. Proyecto filosofía en español, 2000. <<<http://www.filosofia.org/enc/ros/activida.htm> >> [Consulta: junio, 2009]

Fraño Paukner Nogués. "La pedagogía en Kant. Una exégesis de su libro Pedagogía". A Parte Rei 52. Julio, 2007. *Revista de Filosofía*. <<<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/Paukner52.pdf>>> [Consulta: enero, 2010]

Heinrich Kanz. "Immanuel Kant", en *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada*. París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación), vol. XXIII, no 3/4, 1993, págs.837-854. <<<http://www.ibe.unesco.org/publications/ThinkersPdf/kants.pdf>>> [Consulta: enero, 2010]

Jaume Trilla Bernet. *Ocio y tiempo libre en la historia*. <<<http://www.gipuzkoa.net/infojuven/guia5/cas/text4.htm>. noviembre 2009.>> [Consulta: enero, 2010]

Michel Soëtard. "Jean-Jacques Rousseau", en *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada*. París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación), vol. XXIV, nos 3-4, 1994, págs.435-448. <<<http://www.ibe.unesco.org/publications/ThinkersPdf/rousseauus.PDF>>> [Consulta: enero, 2010]